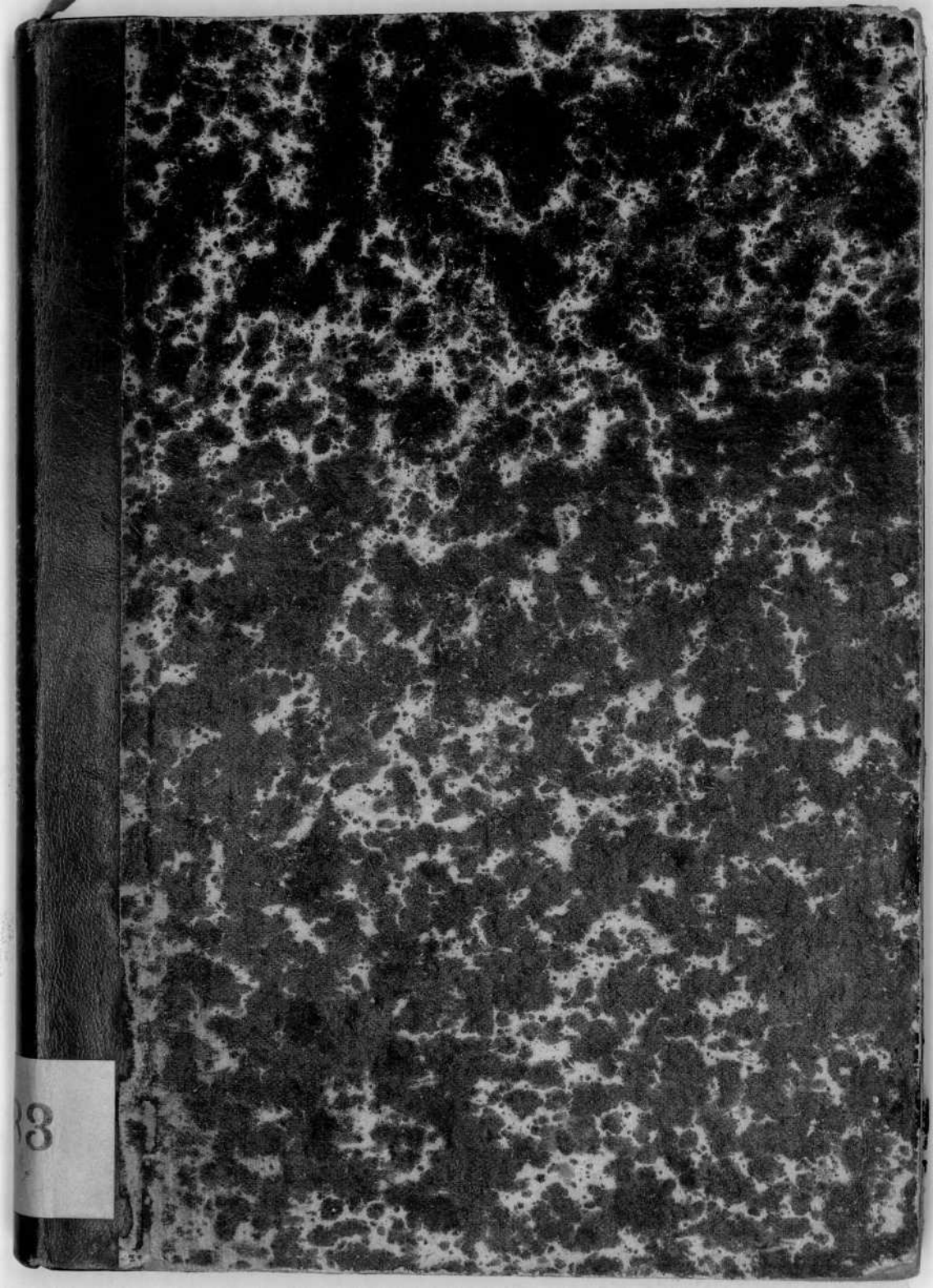

9.25-10
4933

A la Biblioteca Provincial de Leon regala este ejemplar El Autor

FÉ, CIENCIA Y CIVILIZACION.

FÉ,

CIENCIA Y CIVILIZACION,

POR

D. SILVESTRE LOSADA CARRACEDO,

RECTOR CURA PÁRROCO
DE SANTA MARÍA DE LA ENCINA, DE LA VILLA DE PONFERRADA DEL VIERZO,
MIEMBRO DE LA ACADEMIA ROMANA DE LOS QUIRITES, ETC.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

Ubi spiritus Domini ibi libertas.
2 Cor. III. 17.

MADRID: 1869.

Imprenta de **La Esperanza**, á cargo de D. A. P. Dubrull,
Pez, 6, principal.

Á MI HONORABLE É ILUSTRADO AMIGO

EL ESCRITOR CATÓLICO

Dr. D. LEON CARBONERO Y SOL,

Dedica este trabajo en testimonio de gratitud y de la sincera amistad que le profesa su ahora y siempre afectísimo atento amigo seguro servidor y capellan

Q. B. S. M.

Silvestre Losada Carracedo.

Ponferrada, Julio 6 de 1868.

FÉ, CIENCIA Y CIVILIZACION.

I.

¿Nació por ventura el hombre para doblar la cerviz al yugo deshonroso de la ignorancia, para yacer en infancia perpétua, como los animales que pueblan las rocas y las selvas? Este seria el estado habitual del hombre, si cerrase los ojos á la luz, si menospreciase el estudio de la verdad y no se apoderase de las ciencias y de las artes, si no contemplase los maravillosos fenómenos de la naturaleza; ciencia y observacion que constituyen en la tierra su herencia y soberanía. Con este objeto nos dotó la próvida naturaleza (ó mejor dicho el Supremo Creador) de estas manos industriosas, de este cerebro pensador, de ese anhelo insanciable de felicidad, de esa ansia indefinida de saber, de ese concepto soberano de la Divinidad que, irradiando en nuestra inteligencia con sus resplandores benéficos, como el sol ilumina el mundo con sus rayos refulgentes, aguijan incesantemente nuestra innata curiosidad: y solo así el hombre, nacido para la sociedad, para ilustrarse con el trato de sus semejantes, ha podido encumbrarse al alto grado de civilizacion que alcanzó cuando ha sido fiel á estas inclinaciones naturales de su vida.

Pero no siempre el hombre ha correspondido fielmente á las gracias que Dios con mano generosa infundió en todas las par-

tes de su sér. A pesar de ser impelido todos los momentos por medios tan eficaces, á pesar de ayudar al hombre una inteligencia infinita en recursos, destello de la inteligencia Divina, á levantar hasta los cielos su espíritu, recordándole su orígen sublime del Ser Supremo, ha mancillado la nobleza de su carácter; tanto, que épocas hubo en que la humanidad aparece soterrada en la degradacion más lastimosa. Como quiera que el hombre, sin embargo de ser escitado á los adelantos por tantos estímulos, cuando dejó eclipsar la Divina centella, que Dios ha impreso en su corazon y en su alma, tambien se ha dejado subyugar por su índole irracional y selvática, por sus formidables pasiones, volubles, insaciables y veleidosas, las que, socorridas á veces por los innumerables recursos de su inteligencia y fantasía, rebientan en explosiones violentas y salvan el carril por que marchaban dirigidas por la razon, sojuzgando las facultades del alma y los sentimientos del corazon: y ya el hombre entonces obra solamente segun las impresiones que reciben sus sentidos.

II.

Si hubiéramos de pintar con sus verdaderos colores todos los crímenes y extravíos, todas las miserias y degradaciones á que se ha entregado la especie humana, cuando ha perdido la brújula de la religion, hariamos un cuadro de espantosa verdad. A ejemplo de aquel pintor célebre que, queriendo reproducir los efectos de una tempestad marítima, se hizo amarrar al mástil de un buque, nosotros descenderiamos á los antros de las sociedades secretas ó meditariamos el drama sangriento de la revolucion francesa. Tanto los excesos de la una como los conciliábulos de las otras, nos darian sobrados colores para acabar

nuestro cuadro. Pero no es este nuestro intento. Nosotros solo queremos describir á grandes rasgos lo que sin Dios ha sido la humanidad, así como tambien lo que hubiera de ser y seria hoy dejándose guiar siempre por el faro de la religion. Sin religion no se concibe libertad, ni paz, ni felicidad humanas. La sociedad que no tiene religion, aunque sea falsa, es como una ciudad fundada en el aire, que se desmorona por su propia pesadumbre, sin que los vientos la azoten, ni el tiempo la envejezca, ni los elementos la destruyan. Los elementos que componen la sociedad humana son esencialmente débiles y naturalmente inclinados á la destruccion. La falta de religion hace al hombre egoista y enemigo de sus semejantes; y el egoismo y la discordia y la guerra conducen al hombre necesariamente al estado salvaje. El hombre sin religion es una fiera, si no es la peor de las fieras. Solamente la religion, ilustrando su entendimiento y dirigiendo su voluntad, puede hacerle conocer los deberes para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes. El hombre, cuando es indiferente en materia de religion, nada tiene que pueda guiarle por el mar tempestuoso de las pasiones, que siempre labrarán su ruina y la destruccion de su especie. La religion es el mejor freno del hombre, sin el que dejará de ser racional para convertirse en bestia, y perdiendo el hombre la racionalidad degenera ya de su especie, y la especie que degenera muere irremisiblemente. La religion es tan necesaria á la vida intelectual del hombre, como lo es para su vida animal el aire que respira. La razon del hombre se eclipsa, y aun se vuelve opaca, cuando no recibe la luz y el soplo vivificante de la Divinidad, así como se descompone y muere el cuerpo humano cuando deja de respirar las auras puras de la atmósfera. La razon entonces, cuando no recibe las divinas inspiraciones de la religion, se oscurece y se ofusca; y oscureciéndose, pierde en cierto modo las nociones del bien y del mal, y se sublevan los instintos del hombre, los que, como ya

no tienen freno que los modere ni norte que los dirija, se hacen turbulentos, feroces y sanguinarios. Y el hombre, como no ocupa ya el lugar que le corresponde en la escala de los séres, ó se envilece y degrada, cayéndose como el edificio que se separó de su base, ó se precipita por las vias del mal y de la devastacion, como el cometa que perdiendo su centro de atraccion, lleva por la inmensidad del espacio el incendio, la destruccion y la muerte.

Esta es la causa por qué el edificio social tantas veces necesitó rectificarse. Efecto del pecado del primer hombre, la especie humana degeneró de la estirpe de los dioses. El hombre quedó enfermo en su cuerpo y en su alma, sujeto aquel á las enfermedades y á las pasiones y esta á la ignorancia y al pecado. Para comer necesitó regar la tierra con el sudor de su frente, y para conservar las potencias de su alma necesitó entregarse al estudio, y tambien necesitó entregarse al culto de la Divinidad para que Dios bendijera sus campos, y para que le concediese las luces y los dones naturales y sobrenaturales que habia perdido. Así es que cuando el hombre cultivaba su inteligencia, y principalmente cuando cumplia los preceptos de la religion, resucitaban las sociedades, y la civilizacion alumbraba al mundo como un meteoro divino; y por el contrario, cuando lo uno y lo otro olvidaba, la humanidad se sepultaba en la inmoralidad y en la concupiscencia.

Considerando los innumerables cambios de escena que en el teatro del mundo se han verificado, siempre observamos que los pueblos son felices ó desdichados, caen de fatiga ó se levantan con más vigor, se empequeñecen ó se engrandecen, ostentan vicios ó manifiestan virtudes, segun el hombre se ha alumbrado con el sol perecedero de la tierra ó al calor del sol indeficiente del cielo. El árbol social solo ha dado buenos frutos cuando le nutría la sávia divina de la Religion, y los ha dado malos, cuando la sávia que le alimentaba eran las inspiracio-

nes humanas. Por eso vemos que el hombre, cuando carece de la religion que Dios le ha enseñado, se la forja ó se diviniza á sí mismo. Mas con esto no consigue el fin que se propone, porque en vez de acercarse á Dios se aleja más de Él. Y entonces el género humano está fuera de su quicio. Los hombres quieren seguir una direccion divina, y solo siguen una direccion satánica, pues Dios no puede estar en lo que no es obra de Dios, ó en lo que no se dirige á su gloria.

De aquí se infiere una cosa, que prueba mucho á nuestro propósito, y es que el hombre no puede vivir sin religion, y que el principio religioso es tan necesario á los pueblos como á los individuos. Las sociedades humanas siempre estarán en peligro, en tanto que su existencia no esté basada en el principio religioso. La institucion augusta de la religion es el único manantial de duracion, estabilidad, virtud, poder, unidad, grandeza, regeneracion, progreso, ciencia y civilizacion para las naciones y para las sociedades.

III.

Para probar que las sociedades humanas no pueden vivir sin religion, solo necesitamos fijarnos en las sociedades del paganismo. Con solo considerarlas superficialmente, ya se comprende que no podian vivir mucho aquellas sociedades.

Rebeldía en todas las clases de la sociedad; embrutecimiento en las muchedumbres, á la par que en sus señores orgullo, vanidad y lujo sin límites; deshonestidades como la pederastía que degradaban la especie, segun es fama de Virgilio, Ciceron y otros filósofos del paganismo; afecto desmedido al oro y á los bienes de la tierra; goces, sensualidad, materialismo..... un círculo vicioso de infamias y disolucion,

hé aquí la virtud, hé aquí el carácter y las costumbres de aquellos siglos.

En efecto: la humanidad en esta época de su historia aparece completamente degradada y envilecida. Saturada hasta la médula de los huesos de ignorancia, barbarie y ateismo, consecuencias legítimas del abandono de la moral y de las ciencias, se precipitó de la cumbre del bienestar y civilizacion en que la colocara la religion que Dios le habia revelado, al más feo y asqueroso sensualismo. Antes que Jesucristo descendiera al mundo, se apoderó del hombre un vértigo inexplicable de envilecimiento y ferocidad juntamente, llegando á esclavizar á sus propios hermanos y hasta estimar sus facultades intelectuales y morales y aun su vida por algunas monedas. El hombre de aquella época solo era una cosa; y la sociedad se componia de algunos hombres libres y de esclavos aherrojados al carro de la tiranía y del despotismo de sus señores, única forma de gobierno que estos usaban para no ser por ellos degollados.

De este modo fueron gobernados los pueblos bajo el imperio del paganismo, el que no reconocia otro móvil de gobierno y de civilizacion que la esclavitud. Imposible me parece explicar de otro modo la inconstancia y poca duracion de los gobiernos de aquella época. La soberanía humana en aquellas sociedades, era la soberanía de la fuerza ó la soberanía del hombre sobre el hombre. No procediendo de Dios, carecia de base, y siendo efecto de la ambicion y del ánsia de goces y de mando, no era justa. El soberano, ya fuese magistrado, cónsul ó emperador, no reconocia deberes para con Dios ni para con sus súbditos, ni estos se creian ligados tampoco con su soberano. Los pueblos únicamente les obedecian por servilismo ó por temor á la pena. Así es que, cuando podian emanciparse, se emancipaban, ora rebelándose contra su autoridad, ora acudiendo al asesinato ó al regicidio. Por esta causa indudablemente las dinastías y los grandes imperios de los antiguos, fun-

dados y regidos á veces por hombres de corazon y aun de génio, desaparecian de la faz de la tierra como la paja leve que lleva el viento: por esto con tanta frecuencia mudaban de reyes y de cónsules, con cuyas mudanzas la pátria y la sociedad se ponian siempre en peligro, observándose que únicamente se sostenian algo aquellos reyes que, como Numa, hacian intervenir las inspiraciones de los dioses en la gobernacion del Estado. Y era que aquellos pueblos habian olvidado la religion revelada; era que no practicaban tampoco los preceptos de la religion natural; era, en fin, que carecian tambien de la ciencia é ilustracion necesarias, los que dirigidos solamente por una causa única ó por la verdadera religion que es su madre, pueden identificar los hombres en un mismo pensamiento hácia un bien comun. No era bastante que algunos guerreros, con miras ambiciosas sin duda, pero que tenian ideas más altas de los destinos del hombre, despertaran en su abyecto espíritu el fuego sagrado de la pátria, para sacarlos del yugo de sus opresores y constituir su nacionalidad, á cuya sombra pudieran dedicarse al estudio de las ciencias, labrar la felicidad pública ó gozar los beneficios de la paz. Tan embrutecidos estaban aquellos pueblos, tan sepultados aquellos hombres en el fango de la miseria y de la degradacion, que ni siquiera abrian sus ojos á la llama sagrada del patriotismo. Y aún permanecerian en aquel lamentable estado, caso de poder levantarse por medios humanos, á no disipar el Hijo de Dios tamañas tinieblas con la esplendorosa antorcha de la verdad y del Evangelio.

IV.

Que el Hijo de Dios mejoró notablemente las sociedades paganas, no se necesitan grandes razonamientos para probarlo. Jesucristo no solo las mejoró, sino que las curó radicalmente.

Comunicar al hombre el sentimiento de su dignidad; elevar la mujer, hasta entonces esclava, al rango de compañera del hombre; unir las familias y sus miembros con lazos firmes y divinos; trasformar las costumbres bárbaras en suaves; establecer la conciencia pública, vivificándola con máximas morales y sublimes; garantir la propiedad y los derechos del hombre, defendiéndolos con el respeto y la legitimidad; escudar la autoridad con el derecho y su orígen divino; inspirar al hombre el verdadero conocimiento de Dios y de sí mismo, y los deberes para con sus semejantes; perfeccionar, en fin, el individuo, la familia y la sociedad, cualquier pensador comprende que se debe á la moral cristiana.

Verdaderamente: desde la fundacion de la Iglesia por Jesucristo, ya el hombre levantó la cabeza; é ilustrado despues el género humano por los Papas de los primeros siglos, por los Orígenes, Tertulianos, Agustinos, Crisóstomos, Ambrosios, Ciprianos y tantos otros sábios de aquella época, dirigió sus instintos aviesos y ruines pasiones y su razon por las vías de la civilizacion y del progreso; y su inteligencia, enriquecida por su doctrina celestial, se elevó á tanta altura, que bien se podia asegurar, humanamente hablando, que ni la Europa ni el mundo tenian que temer ya por ninguno de estos objetos.

¿Pero sucedió así? No. El hombre siempre es el mismo.

La humanidad volvió á perder la religion, y perdiéndola, aunque no totalmente, el hombre y la sociedad tornaron á ser víctimas de la esclavitud y del despotismo, y principalmente de la antigua ignorancia. Grandes metamórfosis se obraron en aquella época, por haberse abandonado la religion; grandes calamidades alcanzaron entonces á las potestades y á los pueblos. La púrpura de los Césares se cayó á pedazos; los pueblos enclavados en el inmenso territorio de su imperio crecieron en disolucion; las diferencias religiosas, es decir, las herejías motivadas por el orgullo ó por un exceso de

religion, recorrieron el horizonte de la Iglesia, que ya se extendia por todo el orbe, llenándola de confusion y de discordia, por impregnar los ánimos de indiferencia ó fanatismo; y sus hijos naturales la afeminacion y la molicie y el desenfreno de las pasiones, los piés de barro en que á la sazon descansaba el imperio del gran Constantino; y esto hizo reaparecer la antigua ignorancia y una simulada barbarie, que fueron la causa por que los Atilas y Gensericos dieron al través con su gloria y quebrantaron su pujanza.

V.

En poder ya la Europa de los hijos del Norte, la fé, la ciencia y la civilizacion volvieron ciertamente á sumergirse en un desmayo indecible. La ciencia, que antes de la irrupcion de los bárbaros parecia dirigir aún las sociedades humanas, hubo de albergarse en los conventos, así como la religion se vió obligada á huir á los desiertos por librarse de la persecucion de los Emperadores Romanos. Los pueblos del Septentrion, numerosos como el polvo, cuando se precipitaron sobre el colosal imperio romano, con la rapidez del relámpago llevaron por todas partes la desolacion y la muerte. ¡Horrible catástrofe, que preparó la invasion salvaje de los árabes en varios puntos de Occidente! En aquella fecha la civilizacion, herida en su corazon, que era la Europa, donde residia el principio que la comunicaba el soplo de la vida, parecia haber bajado al sepulcro para nunca levantarse. Tanto subyugaban las pasiones la razon del hombre, tan bajo señalaba el barómetro de las ciencias, que la frámea de los bárbaros estaba clavada con su despotismo y tiranía en todos los pueblos de Europa, ni más ni ménos que como la cimitarra de los turcos que es

símbolo de ignorancia, esclavitud, sensualismo y supersticion, coronó despues los edificios de Oriente y de Occidente. ¡Triste espectáculo se presenta á la consideracion del filósofo en esta época de la historia, pavoroso y negro como los bordes de un abismo! El sol divino de la religion, que antes iluminaba el mundo con sus celestiales resplandores, huyendo al principio del hacha de los bárbaros y despues de la irrupcion mahometana, parecia haberse sepultado en las aguas de Occidente para no alumbrar ni vivificar más la civilizacion humana. Aunque el sol habia dejado algunos planetas en las alturas del cielo de la Iglesia, eran estos meteoros fugaces, que solo conseguian de cuando en cuando exclarecer las nebulosas tinieblas en que á la sazon dormia el humano linaje.

VI.

Los hechos hasta aquí aducidos, cual más cual ménos, nos dicen elocuentemente que las cosas dominan, por punto general, á las personas, máxime si estas se nos sobreponen con ánimo levantado á los objetos que las circundan, sin ser afectadas por ellos, á la edad en que viven, á las preocupaciones de la enseñanza, al influjo de las pasiones, al medro de sus intereses, como de ordinario sucede. Pero el filósofo cristiano no debe únicamente contentarse con el conocimiento superficial de los sucesos que le ofrezca la historia del espíritu humano. Necesita profundizar el espíritu dominante en cada época, formarse ideas cabales acerca de su carácter, inquirir las causas de los acontecimientos, designando á cada cual el lugar que le corresponde en unas y en otros; en una palabra, ver las causas en los efectos y los efectos en las causas, si le es hacedero. Será buen historiador si penetra en las entrañas de la sociedad y

examina escrupulosamente la naturaleza de las cosas, fijando de antemano la marcha de la humanidad. Las épocas de bienandanza y las catástrofes humanas siempre tienen precursores. Antes de ocupar estas la historia del mundo y la atencion de los mortales, infaliblemente se agita sobre la sociedad el génio del mal batiendo sus negras alas, y antes de aparecer aquellas se mece el espíritu del bien derramando beneficios. No se concibe cómo algunos historiadores, que la echan adrede de filósofos para propinarnos su filosofía, no saben explicarse la intervencion de la Providencia de Dios en las cosas humanas. No cayendo un cabello de nuestra cabeza ni una hoja del árbol sin su permiso, porque todas las criaturas están, digámoslo así, colgadas de su mano, no sé por qué no han de admitir la influencia divina en algunas épocas de la Historia. El hacer ver que Moisés, David, Salomon, los Macabeos, los Apóstoles y Evangelistas, San Agustin, San Gerónimo, San Atanasio, San Basilio, San Isidoro, San Benito, San Pio V, Inocencio III, Constantino, Carlomagno, San Luis de Francia, Ramiro II de Leon, Pelayo, Alfonso X, los Reyes Católicos, Cisneros, Cárlos V, Felipe II, Leon X, Pio VI, Pio VII, Napoleon, etc., etc., son una prueba de esta influencia, seria empeñarse en probar una verdad demasiado conocida. ¿Quién sino Dios suscitó los Ildefonsos, Leandros, Ivones, Lanfrancos, Bernardos, y los Papas Gregorio VII y Silvestre II? ¿Quién sino Él hizo fructificar la civilizacion de los concilios inmortales de Zaragoza, Sevilla y Toledo? ¿Y qué hubiera sido del hombre relativamente á la cultura y á las costumbres, si Dios tan de contínuo no ilustrase su mente y no dirigiese su corazon?.... La humanidad caminaria á tientas por el derrotero de perdicion á que la arrastran sin cesar sus bajas inclinaciones, á no aparecer hombres eminentes en virtud y ciencia que la guiaran, sin traspasar sus lindes, por el anchuroso campo de los conocimientos humanos.

La ignorancia es la mayor rémora de la virtud y santidad, que solo Dios puede infundir en el hombre por la accion omnipotente de su gracia; y la santidad, que es el conjunto de todas las virtudes ó la virtud elevada á su última potencia, es al propio tiempo la aureola que más enaltece al hombre, la que le hace fuerte y vigoroso, y la única capaz de hacerle ejecutar las acciones mas heróicas. Así como los vicios hacen descender la Divinidad al nivel del hombre, por el empeño que este tiene en deificarlos, así la santidad por la idea de perfeccion que en sí mismo encierra, hace subir al hombre hasta Dios que es la perfeccion infinita. La santidad es naturalmente fecunda. La esterilidad es propia de las instituciones humanas. Así, aunque el hombre esté sujeto á las miserias de su naturaleza, que siempre llevan consigo la esterilidad para el bien, no por eso dejarán de aparecer selladas sus obras con los prodigios de la gracia divina; porque la gracia, cuando no necesita curar ó limpiar el alma humana, infaliblemente da testimonio de su virtud en obras sobrenaturales. La gracia divina es una segunda naturaleza complemento de la primera. Es la naturaleza perfeccionada. Es la naturaleza humana manifestándose en operaciones divinas. La gracia divina obra en el hombre sin violentar en nada su naturaleza, y el hombre obedece, dejándose llevar por los dulcísimos reclamos de la gracia. Así el hombre, asociado á la grandeza de Dios por el contacto divino de su gracia, comprende lo celestial de su descendencia y la superioridad de su estirpe, y sintiéndolos siente tambien la obligacion de reflejar en sus acciones las perfecciones divinas; lo cual hace que, queriendo obrar el hombre solamente, segun le dicta la conciencia de su propia nobleza, haga prodigios en el órden de la naturaleza y en el órden de la gracia.

VII.

Pero estos prodigios no los hacen sino aquellos hombres que Dios suscita cuando quiere comunicar un particular impulso á las sociedades humanas. Aun cuando Dios obra sin cesar sobre el hombre por medio de su gracia, solo en casos extraordinarios obra tambien extraordinariamente.

Extrañábase un escritor brillante, pero tristemente célebre, por qué en todas las cuestiones tenia que tropezar con la teología; mas su extrañeza procedia de su ignorancia en la filosofía de la Historia. Este escritor se empeñó en explicarlo todo por medios humanos y naturales, desconociendo que, aun para explicar los sucesos puramente humanos, se necesita recurrir á causas divinas. Y otro filósofo, que calzaba más puntos de filosofía, porque veia mejor las causas divinas aun en los efectos naturales, se extrañaba de su extrañeza debiendo extrañarse de su poca filosofía. Á pesar de eso los filósofos contemporáneos se empeñan en llamarle filósofo, sin duda para ser conocidos por este glorioso nombre. Tiempo hace que la filosofía es una conjuracion pública contra la verdad. Ella ha cambiado los nombres de las cosas y la propiedad del lenguaje. Todos los filósofos modernos, llamados así impropiamente por no dedicarse al estudio de la verdadera sabiduría, tienen empeño en hacer creer que el mundo no es más que lo que ellos se han figurado en sus insomnios y delirios. Dios crió el mundo de las cosas y el mundo de las inteligencias, dando á estos los medios suficientes para cumplir sus ulteriores destinos, de modo que siempre necesitaran de su direccion y Providencia; pero los filósofos modernos, siguiendo á algunos de otros tiempos, que fueron la deshonra y una calamidad

para la verdadera filosofía, como si el hombre destruir pudiera la naturaleza de las cosas, se atreven á afirmar que el mundo no será más que lo que el hombre quiere que sea. ¿Y podrá el hombre conseguirlo? Imposible. Estos filósofos se engañan á sí mismos en atribuir al hombre lo que no puede hacer el hombre. Con que el hombre presuma hacer lo que es propio de Dios, ya comete una blasfemia. Por más que el hombre intente dirigir el mundo á su manera sin contar con Dios, la Divina Providencia ha de seguir como hasta aquí, ó probando con la ausencia de sus auxilios la incapacidad del hombre, ó dispensándole *a fortiori* sus luces y sus gracias para purificar el mundo y comunicar á la humana sociedad la grandeza, el progreso y el perfeccionamiento. ¿Qué nos dice la filosofía cuando es hija de Dios? La recta filosofía nos dice que el hombre, como personificacion de la miseria y de la esterilidad, solo produce la corrupcion, la molicie, el desenfreno ó el mal; y que Dios, como perfeccion infinita, no puede ménos de producir la vida, la grandeza, el progreso y la perfeccion. Así como la soberbia, el sensualismo y la decadencia son hijos del hombre, la fé, la ciencia y la civilizacion siempre son hijas de Dios.

Pero descendamos al terreno de la Historia, descendamos al terreno práctico de los acontecimientos humanos. Los hechos son tan concluyentes como un silogismo; la verdad es tan evidente como una ecuacion matemática. ¿Qué es lo que nos dice la Historia? ¿qué es lo que nos dice esa maestra de la vida? Y la historia humana, acorde con la filosofía, nos obliga á confesar que cuando Dios quiere volcar sobre la humanidad la copa de su ira en castigo de las culpas del hombre, permite que el necio ó el malvado se encumbren á los primeros puestos de la sociedad, para perderla, ó para que la avasallen con su tiranía y despotismo; y por el contrario, cuando quiere derramar sobre ella el tesoro de sus gracias, envia hombres á propósito, por árdua y arriesgada que la empresa sea, que dominen á los tiem-

pos y á las cosas, para trasformarlo todo en bien de los pueblos: hombres de gran carácter y virtud á toda prueba, segun el tipo sublime de Horacio, á quienes no intimidan los gritos subversivos de las muchedumbres ni el iracundo aspecto de los tiranos.

Ciertamente: en la trama variada de la Historia se observa que ora se levantan hombres, más siniestros que el caos que les circunda, que por todas partes llevan la ruina y la destruccion; ora que brilla la santidad de otros que, imprimiendo en todo lo que tocan el perfume de su caridad inagotable, despiertan el alma dormida, elevan el corazon del hombre sobre la region de este mundo material, á cuyos goces está apegado; suavizan las costumbres públicas, é infiltran en los entendimientos el principio de la sabiduría; ora en fin, que descuellan otros que, enmedio del extravío universal, sobresalen por su génio; hombres parecidos á los activos ángeles, de que nos habla el profeta Isaías, que no temen luchar con las fuerzas colosales de la barbarie y que precipitan, digámoslo así, con los brios de su talento creador la marcha de la civilizacion. Y en vista de esto, ¿podrá nadie desconocer que tales hombres son enviados y hasta impulsados por el influjo omnipotente del que domeña los aquilones y destruye las tempestades?.... Si alguno lo desconoce, yo no temo asegurar que ni es buen historiador ni verdadero filósofo. La luz brillará en las alturas con sus puros é inalterables resplandores, aunque el hombre cierre los ojos para no verla. Por lo que á mí toca, yo la veo brillar como una antorcha divina, iluminando las humanas sociedades. Por gracia divina yo veo en ella la verdad que las alumbra, la bondad que las une, y la santidad que las edifica; y como la santidad, la bondad y la verdad emanan de Dios, no puedo ménos de ver tambien en esa luz la purificacion del pueblo, el progreso de la sociedad y el perfeccionamiento de los hombres.

VIII.

Dijimos hace poco que el hombre, sin violentar en nada su naturaleza, podia hacer los mayores prodigios, tanto en el órden físico como en el moral y sobrenatural; mas con esto no quisimos decir que el hombre podria obrarlos sin la ayuda divina. Lo que decir quisimos es que Dios, al influir en la marcha de las sociedades humanas, no violenta la naturaleza. Dios á veces consiente las grandes catástrofes para purificar y vigorizar la especie humana, así como envia las tempestades para purificar la atmósfera. Dios obra por grados ordinariamente. Casi siempre deja obrar á las causas segundas, aunque dirigidas por su mano. Cuando están preparadas estas es cuando generalmente desciende é infunde en ellas el soplo de su gracia, ó para moderar sus brios ó para impulsarlas á los grandes acontecimientos. Tal es, segun la Historia, la economía de la Providencia.

Veámoslo.

¿Qué era el imperio de Augústulo? Era un estado de humillacion y podredumbre. ¿Qué era la nacion de D. Rodrigo? La nacion más sensual, degradada y envilecida. ¿Qué era el imperio de Occidente? Una sentina de corrupcion, de concupiscencias y de vicios. Y ¿qué hubiera sido de estos imperios?.... Al estado de humillacion en que yacian los imperios de Augústulo, D. Rodrigo y Constantino Paleólogo, caso de no perecer por la peste, efecto de su profunda corrupcion, hubiera sucedido otro más degradado y envilecido en que la humanidad, abandonada á sus fuerzas se quedaria inmóvil, como el ave que al volar se encuentra bajo el peso de una atmósfera de plomo.

Por eso Dios dejó que los bárbaros del Norte se precipitasen sobre el imperio de los Césares, para que, mezclándose las ra-

zas, con la pureza de la suya se rejuveneciese la sangre de los occidentales. Por eso dejó que los moros se apoderasen de España, la que en sus juicios inescrutables destinaba para descubrir y conquistar un Nuevo Mundo, y para ser el baluarte del catolicismo contra el protestantismo. Por eso, en fin, dejó que los turcos se enseñoreasen del imperio de Bizancio, colocado ya al borde del sepulcro por la herejía y el cisma y los vicios, para que las naciones de Oriente y de Occidente, tan destrozadas por la sensualidad y la guerra civil, volviesen en sí y se dejasen guiar por el faro luminoso de la religion que reinaba en Roma, irradiando con los destellos de la fé, de la ciencia y de la civilizacion, las tinieblas de la supersticion, de la ignorancia y del retroceso. Así vemos que despues de estas irrupciones la vieja Europa, antes tan postrada y humillada, adquirió nueva vida y hasta se hizo poderosa. Cierto es que al principio, tanto los moradores de las márgenes Danubianas como los hijos de la Meca y del Yemen, solo cambiaron la estolidez en barbárie; pero todo ello fué mientras se mezclaron las razas. Luego que estas acabaron de cruzarse, los occidentales fueron guerreros como los bárbaros, y religiosos como los mahometanos. Los bárbaros inocularon en su sangre su espíritu belicoso, y los árabes les contagiaron su fanatismo. Únicamente se libraron de la inoculacion de los primeros y del contagio de los segundos, aquellos pueblos que permanecieron fieles á la verdadera religion de sus mayores. No lo necesitaban. La religion que, preservándoles de los vicios, alimentaba su vida, ilustraba su alma y les infundia las virtudes, conservaba al mismo tiempo la pureza y el ardor de su sangre. Por esto la España llegó á ser la primera nacion del mundo. Ella fué la única que pudo salvar del naufragio, aunque tambien sufrió mucho, porque tambien fué la única que conservó la religion que Dios habia traido al mundo. Mientras las otras naciones formaban su carácter y sus costumbres, la sociedad española hacia temblar á los dominadores

del Orbe. Verdad es que no pudo detener la marcha victoriosa de los bárbaros; pero esto sucedia porque la religion que profesaban tenia muchos puntos de contacto con la suya. Era la misma religion, excepto la diferencia de algunos dogmas. Si no fuera la misma, es bien seguro que los bárbaros no habrian conquistado la España. La religion católica, que es el primer elemento del patriotismo, la hubiera dado el valor suficiente para resistirlos, como se lo dió para rechazar las falanges mahometanas. Solo con su auxilio, por defender su fé y la independencia de su pátria, pudieron hacer los españoles la guerra llamada de los Siete Siglos. Por ella fué España la nacion del Salado, las Navas de Tolosa, de la conquista de Granada y de la batalla de Lepanto. Por ella conservó España tanto tiempo su carácter y sus costumbres peculiares, que todavía se distinguen entre todos los pueblos del globo. Aunque la accion del Guadalete fué tan calamitosa, y la dominacion que la siguió fué tan larga, no sufrió la misma suerte que las demás naciones europeas. Estas recibieron á la fuerza las costumbres y las luces de los conquistadores, y España solo aceptó las que convenian al carácter de sus habitantes.

La sangre española, mezclada ya con la de los bárbaros, en fuerza de las comunicaciones y de las conquistas, volvió á mezclarse con la de los moros, y esta mezcla, en lugar de hacerla perder su pureza, la comunicó mayor ardimiento. Los grandes se hicieron reyes, cada rey se hizo un héroe y cada hombre un guerrero. Entonces sucedió en Europa un fenómeno singular: operóse una trasformacion completa. España, con fortuna ó con desgracia, aunque sin perder nada de su carácter primitivo, entró en la asociacion europea, y la Europa tomó de España la naturaleza, las costumbres y la fisonomía. La religion católica por un lado, con su potencia creadora, ilustraba los entendimientos y purificaba los corazones, asimilando las diferentes civilizaciones de cada raza, y por el otro corriendo

más pura que en su orígen por las venas de la sociedad europea la sangre de los bárbaros y de los árabes, que cada vez se hacia más ardiente por las mezclas y por el trascurso de las generaciones, la Europa, á ejemplo de España, se hizo eminentemente guerrera. La Europa en rigor era omnipotente. La sociedad europea, digámoslo así, no cabia en Europa. No teniendo con quien hacer la guerra, se la hacia á sí misma. Tan llena de vida estaba. La Europa se destruiria á sí misma si Dios no hubiera abierto sus puertas para dar salida al génio, al valor y al heroismo. Las sociedades europeas moririan de plétora á no haber una tierra santa para los francos, bretones y germanos, y un nuevo mundo para los españoles.

¡Oh influencia soberana de la religion católica! ¡Tú fuiste la que inspirando las cruzadas, libraste la civilizacion cristiana de las calamidades de la guerra intestina! ¡Oh Iglesia santa! ¡Tú fuiste la que alejaste la guerra del horizonte europeo! ¡Tú sola, por medio de tus Pontífices, de tus pastores y de tus santos, impeliste la Europa hácia el Oriente, haciéndola deponer en aras de la religion sus contiendas domésticas! ¡Tú sola la hiciste arrojarse, cual águila impetuosa, sobre el Asia, en el centro mismo de los Estados de sus califas, para arrebatarles el rico depósito del Santo Sepulcro!

IX.

Creeriamos faltar á la verdad de la Historia y á nuestro propósito, si no considerásemos las sociedades de la Edad media bajo otro respecto, en el terreno práctico del gobierno de la Iglesia. Vimos en el párrafo anterior que la religion, para que la Europa no se suicidase, necesitó impulsar y aun dirigió las sociedades de Occidente á la guerra extranjera. Tantos eran los

brios de su corazon y el ardimiento de su sangre. Ahora debemos considerarlos bajo la influencia del Pontificado, en constante lucha con el régimen feudal.

La civilizacion humana, que solamente en la Iglesia encontraba amparo, estaba echada en su regazo como un niño en los brazos de su madre; y la Iglesia, aunque era monarquía universal, estaba confinada en Europa, y el Supremo Pontificado, colocado en Roma, único que podia dominar la universal anarquía que precedió y siguió á la caida del imperio romano, era incesantemente combatido por todos aquellos que se propusieran desmoralizar los pueblos por medio de la herejía, y generalmente contrariado en sus proyectos de unidad por el espíritu de cambios y fraccionamientos territoriales; pero aun así, tanto la Iglesia como el Pontificado hubieron de salvar la civilizacion humana. La Europa se destruia á sí misma, gastando sus fuerzas en guerras infructuosas. Si Dios ó la Iglesia no hubieran impulsado al hombre de aquella época por el camino de la guerra extranjera, la civilizacion cristiana acaso habria perecido.

El feudalismo con sus soberanías electivas ó hereditarias, era el mayor obstáculo al progreso general de las sociedades cristianas. Los señores feudales, salidos frecuentemente de la anarquía de una eleccion, á cada paso necesitaban defender su soberanía de las intrigas y de la fuerza de sus competidores, ó la independencia de sus reducidos dominios de la ambicion de los más fuertes, y esto exponia sin cesar los altos destinos de la civilizacion á la eventualidad de las batallas. Por otra parte, los señores feudales, cuya autoridad habia la Iglesia legitimado, convirtiéndoles de reyes tiranos en monarcas cristianos, desobedecian frecuentemente las divinas inspiraciones del génio del cristianismo. La religion habia trasformado al hombre-esclavo en ciudadano libre; pero el despotismo militar, que es la peor de las tiranías, porque mata todas las pasio-

nes generosas que son la vida de la sociedad y de la civilizacion, haciendo de la guerra una institucion permanente, habia logrado inspirar á los pueblos el fanatismo bélico, que es la peor de las servidumbres. Cuando el hombre solamente es esclavo del hombre, suele dedicarse á la agricultura ó al cultivo de las artes; pero cuando es esclavo de la guerra, únicamente se ocupa en la devastacion ó en la destruccion del hombre. La Europa, en que á veces á la misma hora y en puntos diferentes se daba más de una batalla, era un campamento, y los señores feudales, haciéndose la guerra por interés privado, parece que desconocian la unidad social y política que engrandece á las naciones. No habia más política que la política del individualismo, ni más derecho que la fuerza física y la espada. Existia en todo su rigor el derecho de conquista. Los señores feudales, cuyos estados ó feudos eran otras tantas oligarquías, ya fueran caballeros, villanos, ciudadanos, grandes vasallos ó grandes señores, castellanos, vizcondes, condes, marqueses, duques, reyes ó emperadores, en lugar de la existencia nómada de los hijos del Norte, habian abrazado la actividad salvaje de los hijos de Marte. Aquellos señores, ligios ó no ligios, haciendo de la guerra una necesidad para defender ó ensanchar su autoridad soberana, tenian en constante lucha al género humano.

Tal era el estado de Europa, asilo de la civilizacion, despues de la irrupcion de los hijos de Odin, y principalmente despues que la estirpe de Carlomagno dejo caer de su frente la diadema imperial y las coronas reales.

La civilizacion, sin embargo, aún vivia en la tierra. Perseguida en todas partes, se habia refugiado en Roma, en donde, como hemos dicho, vivia á la sombra del Pontificado. El Pontificado Romano, inmutable en su principio fijo de hacer la felicidad humana como representante de la Divinidad en la tierra, no podia ménos de proteger la verdadera civilizacion.

Dios la habia creado, infundiendo en el hombre el espíritu de todos los progresos; y el Papado, encarnacion progresiva del Verbo en el seno de la humanidad, al ejecutar el mandato divino de la redencion humana, no solamente la amparaba, sino que tambien en cierta manera la creaba. Ya moralizando al hombre, ya enseñándole los preceptos de la religion, ya inculcando á los soberanos, ya á los súbditos, los deberes respectivos, ya finalmente interviniendo directamente en las contiendas y disensiones de unos y otros, creaba y dirigia la civilizacion por el camino práctico del progreso y de sus altos destinos. La moral cristiana, personificada en la Iglesia, obra naturalmente en la inteligencia y en el corazon humano y en el organismo de las sociedades, realizando la armonía universal, emblema del progreso humano; y con tales condiciones, aquellos elementos de civilizacion no pueden ménos de crear el órden social, la paz y la felicidad públicas, el progreso intelectual y el perfeccionamiento universal. No hay duda, el Pontificado, no solamente ha sacado del caos el mundo cristiano, elevando los reyes y organizando los pueblos, si que tambien aceleró el progreso de las sociedades, estableciendo la autoridad y la libertad humanas por los incesantes socorros que ha prestado á los últimos cuando estaban oprimidos, ó por las amenazas que ha usado con los primeros cuando eran opresores.

Si bien en todos los siglos tuvieron aplicacion estas verdades, la tuvieron todavía más cumplida durante los siglos de la Edad media, en que la civilizacion cristiana estaba condenada á desaparecer, á no influir tan á menudo en las sociedades humanas el génio del Pontificado. La civilizacion ciertamente marchaba á su mayor decadencia. Poco más ó poco ménos estaba en el mismo estado en que la tomó la Iglesia de las manos del paganismo. Dios lo permitió así, indudablemente para demostrar que la suerte de la religion y del poder humano, agentes prin-

cipales de toda civilizacion, está íntimamente ligada al destino de la Santa Sede. El Vaticano de entonces no brillaba con los resplandores de otras épocas. Ocupado generalmente por hombres cuyo talento y virtudes no correspondian al alto lugar á que se habian encumbrado, la Sede Apostólica parecia que habia dejado de ser el alma universal de la civilizacion. El papado conservaba la *llave de oro* que abria las puertas del cielo; pero habia, al parecer, olvidádose de usar la *llave de plata*, símbolo de la autoridad que debia ejercer sobre las potestades y sobre todas las cosas humanas.

A pesar de esto no puede desconocerse la influencia providencial que el Papado ejerció sobre la civilizacion durante la Edad media. La misma decadencia en que yacian la moral y la civilizacion en esta época, nos prueba la influencia creadora del Pontificado, monarquía universal y divina, que nunca muere y que, aunque parezca moribunda, da señales de omnipotencia,

La monarquía pontificia es la única que tiene en el cielo asentado su trono. Mientras los poderes humanos están sujetos á los trastornos políticos de los pueblos y á las variaciones caprichosas de la fortuna, trastornos y variaciones que á cada paso ponen en peligro su existencia, el Supremo Pontificado es el único que no puede perecer. El Pontífice siempre sucede al Pontífice. El Papa, «instrumento inmediato en las manos de Dios para hacer la felicidad temporal y eterna de los hombres,» nunca dejó de cumplir el objeto de su mision divina ó de la humana. De un modo ó de otro, con la llave de oro ó con la de plata, el poder Pontificio, que es la institucion grande por excelencia, ha ejercido siempre una marcada influencia sobre la cultura, la civilizacion y el bienestar de los hombres. Si alguna vez no lo ha conseguido de un modo completo, es porque Dios lo ha querido así, para hacer resaltar más la divina institucion del Pontificado ó la efimeridad de las instituciones humanas. «Las sociedades humanas son como un mar que se em-

bravece ó se calma, que está en su flujo ó reflujo, segun crecen ó menguan las virtudes del Pontífice Romano;» por eso cuando Dios quiere probar la insuficiencia de estas, consiente que la Sede Apostólica sea víctima de estas pasiones humanas, dejando al Pontifice la llave de oro. Por el contrario, cuando quiere probar la divinidad de aquella, suscita pontífices como Silvestre II, Gregorio VII ó Inocencio III, mandándoles empuñar la llave de plata para que con su majestad serena ó terrible lleguen á ser los árbitros de los tiranos y de los pueblos.

X.

Acabamos de ver lo que son las sociedades en la Edad media; sociedades ignorantes y bárbaras por no haber usado la Silla Apostólica, porque el mundo no lo merecia, de la potestad simbolizada en la llave de plata, que tambien Dios habia entregado al Príncipe de los Apóstoles. Esta es la causa por qué la sociedad de aquella época carecia de la unidad social y política y aun de la religiosa. La Iglesia, sin embargo, nunca dejó de empuñar la llave de oro. Dejó que la sociedad maldijese á la sociedad; pero no consintió que la sociedad maldijera al hombre, á quien directamente tenia el encargo de salvar. Ya que la sociedad parecia maldita, se propuso levantar al hombre, para que éste á su vez, con su ayuda, la crease ó la levantase.

La Iglesia católica, como monarquía universal, en todas las zonas y en todos los climas tenia súbditos que profesaban una misma doctrina y practicaban unos mismos preceptos. Con su jerarquía divina de obispos, sacerdotes y ministros para regir la grey cristiana por delegacion y por derecho propio, era el único poder que en mejores condiciones estaba de obrar directamente sobre el hombre. En tanto que los poderes públicos

corrompian la sociedad y degradaban al hombre, los sacerdotes, á nombre de una religion de paz y de justicia, fundaban la sociedad cristiana en el mismo seno de la barbarie.

Aunque Jesucristo, al instituir su Iglesia, no confirió un poder igual á todos los ministros, como tampoco lo habia conferido á todos los Apóstoles, los ministros, sin embargo, sin más requisitos que el ser enviados y estar en comunicacion con el obispo respectivo ó con el Papa, tenian el bastante para llenar las necesidades espirituales y morales del hombre y de la sociedad; y cada uno en su esfera cumplia su mision, no solo creando la unidad absoluta de los pueblos, que constituyen la gran familia humana, sino tambien la union del hombre con Dios. Los obispos, mirados como sucesores de los Apostóles, eran depositarios de su doctrina, catequizaban, bautizaban, confirmaban, imponian las penitencias, administraban justicia, dirigian la grey cristiana y ordenaban á los sacerdotes, y todo por derecho propio: no obstante estos obispos, olvidando las otras facultades y atribuciones de su divino ministerio, casi solamente ejercian la ordenacion, que era lo bastante para que en la Iglesia se conservase la apostolicidad y la unidad del sacerdocio. Y los presbíteros catequizaban como los obispos, dirigian las preces de los fieles, celebraban por ellos el santo sacrificio, vigilaban las costumbres de la comunidad y administraban los intereses de las parroquias. Pero aunque los ministerios eran diversos, la unidad del sacerdocio era la misma en unas y en otros; porque era la garantía divina de la unidad de las sociedades humanas. La unidad del sacerdocio era divina en su orígen porque procedia de Dios, y lo era en su objeto porque solo tendia á la salvacion del mundo. Como emblema de la Trinidad divina era poder, inteligencia y amor, y como emblema de la unidad humana era fé, ciencia y civilizacion. Por lo que tenia de divino expresaba el establecimiento de la religion y de la moral eterna en el mundo, y por lo

que tenia de humano expresaba la solidaridad moral de los elementos del progreso. Así como no se concibe civilizacion sin ciencia, ni ciencia sin religion, del mismo modo una vez admitida la religion, tambien es necesario admitir la fé y sus hijas la ciencia y la civilizacion humanas. El sacerdocio era uno, como lo era la religion que profesaba; uno como la moral que practicaba, y uno como la verdad que enseñaba; y la religion, la moral y la verdad son el primero y único principio de vida de toda sociedad.

Así sucedió que mientras el feudalismo, que era el desórden organizado sobre las ruinas de la autoridad y de las libertades populares, descomponia la unidad moral y política de la Europa, convirtiendo el derecho de igualdad política en desigualdad brutal, y la condicion libre de los hombres en tiranía individual, el sacerdocio cristiano creaba la unidad del gobierno, el poder humano y el órden social en medio de la barbarie, realizando la unidad y la libertad de la vida católica en presencia de aquellos bárbaros que se repartian á hachazos el territorio europeo. El mundo romano estaba sumido en la anarquía, y esto impidió que la accion civilizadora del sacerdocio no fuera tan victoriosa como ser debiera: el sacerdocio no obstante hizo lo que moralmente podia, y si no llegó á tomar posesion de la conciencia humana por completo, fué en parte por no haber sido ayudado por el alto clero, generalmente simoniaco y licencioso, y demasiadamente ocupado en las cosas de la tierra. El sacerdocio fundaba sociedades que, aunque reducidas por estar circunscritas á la extension de sus parroquias, estaban basadas en la vida católica y en la unidad religiosa. sociedades cuyo principio de vida era la religion y la moral, móvil de todas las grandes acciones. Pero estas sociedades, al parecer sin importancia, llegaron á ser el primer principio del órden social. Eran las sociedades modelo; molde divino en que Dios queria vaciar nuevamente la sociedad desquiciada.

Ciertamente no competia al clero inferior de aquella época una mision tan extraordinaria. Esta mision correspondia en primer término á los obispos y demás superiores eclesiásticos, los cuales tenian más medios para encauzar el desórden y fundar la sociedad religiosa.

XI.

Los obispos de la Edad media solamente eran obispos en el nombre. El poder humano, con la aquiescencia y aun aprobacion de la Silla apostólica, los habia hecho grandes propietarios feudales, y en tal concepto pertenecian más al mundo que al Estado eclesiástico. En vez de ocuparse en dirigir bien al clero y á la grey cristiana, en vez de proteger contra los golpes de los bárbaros la libertad de los cristianos y los derechos de sus Iglesias, se ocupaban en adquirir bienes temporales y en llenar de riquezas á sus parientes y aduladores. Olvidándose casi por completo de la justicia y de las leyes canónicas y del espíritu creador que Jesucristo imprimió á su Iglesia, dejaron de ser los directores del mundo y los soldados de la civilizacion. Ordinariamente eran tan ignorantes y tan bárbaros como los otros señores feudales, los que, como no tuviesen ya freno que los contuviese, habian depravado la sociedad con el abuso de la fuerza y de los goces materiales. Por culpa suya la sociedad de aquella época no tenia entrañas. Sin religion, sin fé, sin moral y sin virtudes, era víctima del desórden, de la crueldad y de la fuerza bruta. Aquella sociedad nadaba en el seno de la barbarie con todos sus horrores. ¡Y á pesar de esto, siquiera nos dice la Historia que tratasen alguna vez de recuperar el puesto que les correspondia en la marcha del mundo! Aquellos prelados parecian imbéciles. No queremos darles otro nombre,

porque acaso no lo merecerian. No veian más que lo que tenian delante de sus ojos. Entonces el poder humano no tenia la intencion diabólica de destruir la Iglesia y la sociedad, la fé, la ciencia y la civilizacion. Si la tuviera como en otras épocas, en las cuales vemos que á título de patronato ó protectorado solo se elegian los obispos que ya estaban ganados, ó aquellos que á juzgar por su carácter tambien serian suyos, yo no sé cómo deberia llamárseles. Pero esto pertenece á la Historia, que únicamente saben aquellos que la estudian con la ayuda de la filosofía. Por eso, si ahora se preguntase á algun filósofo cuál era la causa de tantas calamidades en la sociedad y en la Iglesia, acaso diria que eran los pecados del clero de entonces y de épocas anteriores, no los pecados comunes, hijos de la humana fragilidad, sino esos pecados contra el Espíritu Santo, que segun las Sagradas páginas no tienen perdon ni en este siglo ni en lo futuro.

Dice el Concilio de Soissons que cuando los hombres viven sin leyes y sin temor de Dios, abandonados á sus pasiones, es porque los obispos no lo son de hecho, sino de nombre. Con esta doctrina ya le es muy fácil al historiador filósofo averiguar qué influencia ha ejercido el clero sobre la sociedad en ciertas épocas de la historia del mundo. Las costumbres é ideas de una sociedad son el mejor barómetro para conocer si la influencia es buena ó mala. ¿Hay discordias y disensiones en los pueblos ó se amotinan los ciudadanos? ¿Están sepultados los pueblos en el abismo de los vicios? ¿Se cometen muchos robos y otros crímenes? ¿Son holgazanes y revoltosos los cristianos? ¿Son perjuros, lascivos ó sacrílegos? ¿Son poco respetados los sacerdotes? ¿Son miradas con indiferencia las sagradas prácticas de la religion? ¿Son oprimidos los débiles y violentados los pobres? ¿Son esquilmados los pueblos? ¿Carecen de libertad los ciudadanos? ¿Están necesitadas las parroquias y son menospreciados los párrocos? ¿Depende la Iglesia de las potestades secu-

lares? ¿Son codiciados y arrebatados sus bienes? ¿Se vé, en fin, la Iglesia obligada á hacer concordatos?.... Entonces indudablemente sucede alguna ó todas estas cosas juntas. Ó los sacerdotes son ignorantes y viciosos por la mala direccion de los colegios episcopales, ó está descuidada la disciplina eclesiástica, ó son hollados los sagrados cánones, ó la injusticia, la simonía y el nepotismo penetraron en el santuario, ó los obispos siguen las inspiraciones del poder humano, ya por dejarle legislar en materias eclesiásticas ó ya por haberle dejado invadir los derechos y los bienes de la Iglesia. En una palabra, los eclesiásticos no ocupan el lugar que les corresponde en la jerarquía de la Iglesia, segun la economía de la Providencia; porque las piezas eclesiásticas de más nombre y los beneficios de más lucro, que únicamente se deben al trabajo, á la virtud, al saber, al talento, al turno y á la antigüedad, son devorados por los parientes, familiares, amigos y aduladores de los obispos.

Pues esto era lo que sucedia cabalmente en aquella época de anarquía. Desde que la política de los príncipes habia trasformado á los obispos en señores feudales, no se cuidaban aquellos gran cosa del gobierno espiritual de sus iglesias. Así debia suceder. Procediendo en su elevacion del poder temporal, antagonista del gobierno de las almas; dimanando su investidura del señor, del rey ó del emperador, de quien recibian el báculo y el anillo, prestándole antes el juramento de homenaje y fidelidad, ó tenian que ser cortesanos para no ser depuestos, ó eran los primeros intrigantes de su mermada córte. Las abadías y prelacías, en vez de ser patrimonio exclusivo de los más dignos, estaban repartidas entre los más ricos ú osados, generalmente turbulentos, viciosos, mundanos y perversos. Ya se sabia que los segundones de las córtes y de la grandeza, eran obispos cuando ménos. Hasta se vieron arzobispos de cinco años. Las más altas dignidades eclesiásticas, se conferian como se trasmite la propiedad á título de herencia, cuando no se

adjudicaban al que las habia comprado. La jurisdiccion episcopal se conferia generalmente como los dominios feudales de la época, no guardándose siquiera las formalidades canónicas, para velar la simonía y la venalidad. La Iglesia, por lo que mira á sus jerarcas, era una sociedad humana, y hasta en su orígen era vasalla del poder humano, encargado entonces de conducir la humanidad á la perdicion, á la ruina, á la muerte. Y tanto la sociedad como la Iglesia tenian lo que merecian. Como decia el profeta Joatan: «si los árboles han de ser los encargados de buscarse rey ¿qué extraño es que salga elegido el espino?»

Esto es lo que nos dice la historia de la Edad media relativamente al episcopado, cuando se lee á la luz de la verdadera filosofía; este el objeto que nos propusimos al escribir estas consideraciones. Si hubiéramos de profundizar más este asunto, nos haríamos interminables. Tendríamos que historiar la oposicion encarnizada y los medios indignos que aquellos benditos prelados pusieron en juego para eludir la reforma social y religiosa, que tanto necesitaban la Iglesia y la sociedad; reforma concebida y llevada á cabo por el gran Papa Gregorio VII. Aquellos obispos ya están juzgados con decir que rechazaron una reforma que al célebre Hildebrando mereció la corona de los Santos, y ser distinguido en la Historia con los nombres de Gregorio el Grande, y de príncipe de los Pontífices romanos.

XII.

Dice un sábio «que el desórden humano está en cierto modo ordenado, si no en el sentido vulgar de esta palabra, al ménos en su acepcion metafísica. El mal está sujeto á leyes verdaderas y puede trasformarse, despues de inconcebibles

catástrofes, en uno de los elementos del bien y de la perfeccion.»

Y esto sucede porque los progresos de la especie humana están sujetos á leyes fijas é invariables, determinadas por Dios al crear el mundo para dominar todos los desórdenes inherentes á la condicion del hombre. La humanidad, aun en medio de las revoluciones más formidables, sigue siempre un rumbo providencial, que no pueden cambiar la accion destructora del hombre, ni los escesos de la anarquía.

Preveyendo Dios en su infinita sabiduría que la humanidad se habia de estraviar muchas veces en su marcha por el mundo, no quiso dejarla sin luz que le alumbrase en su camino, ó sea por la oscuridad de los tiempos, ó sin un puerto de salvacion á que pudiera refugiarse en la confusion de las tormentas. De un modo ó de otro Dios ha intervenido siempre en todas las crísis humanas. Si la sociedad está sepultada en la corrupcion y en el abismo de los vicios, vemos por la Historia que Dios la regenera y levanta, vigorizando su organismo ó destruyendo los elementos de muerte que ponen en peligro su existencia; y si el decaimiento procede del error ó del estravío de su inteligencia, al instante surge el génio, no solo para operar las metamórfosis que reclaman las ideas y las costumbres, sino tambien para resolver los más temerosos problemas, ya sean estos religiosos, filosóficos, políticos ó sociales. Cada Hidra tiene su Hércules, y cada Esfinge su Edipo.

Al ver la corrupcion, la ignorancia, el desórden y la anarquía de la Edad media, creeria cualquiera que la sociedad europea estaba al borde del sepulcro. Despues del reinado de Carlomagno, casi puede afirmarse que la habian trastornado tantas turbulencias y tanta anarquía, que «no existia un solo pueblo, ni una sola nacion, ni una sola fuerza general, ni un solo gobierno.» Se parecia mucho á las sociedades del paganismo. No tenia libertad social, ni libertad política, ni casi libertad hu-

mana. El hombre estaba caido. Cuando no era esclavo de los señores feudales, estaba aislado, entregado á sus malos instintos y reducido á sus propias fuerzas. No habia órden social ni libertad personal. Solo dominaba el despotismo con sus feroces caprichos y tiránicas arbitrariedades. La fé, la ciencia y la civilizacion, antorchas divinas que hasta entonces habian iluminado la sociedad formada por la Iglesia, se habian ocultado de la vista de los hombres. Los reyes bárbaros, en su accion demoledora, todo lo habian confundido ó destruido, libertad, ideas, costumbres, nacionalidades, territorio, ilustracion, instituciones. Hasta las sociedadas cristianas destinadas á vivir eternamente, sufrieron mucho con su marcha destructora; porque los sacerdotes que las dirigian y alimentaban con la sávia divina y católica, tambien estaban contagiados de los vicios comunes.

Pues bien; á pesar de tanto desórden y calamidad tanta, quiso Dios que la sociedad resucitase, y resucitó, no por medios sobrenaturales, sino valiéndose de los mismos elementos de su misma destruccion. Dios habia instituido la sociedad cristiana para salvar al hombre y regenerar el mundo, y este fué el medio de que se valió para entonces vivificarlos. El catolicismo, con milagros continuados, habia regenerado ya las sociedades paganas, y ahora le tocaba regenerar las sociedades de la Edad media por medios humanos, para probar al mundo que, aun considerado como institucion humana, es capaz de realizar las más heróicas empresas. La sociedad europea estaba sumergida en el diluvio, cuyas aguas no agitaba, como en la creacion del mundo, el espíritu del bien, porque nadaba sobre ellas el espíritu del mal. El espíritu del bien, que era el catolicismo, huyendo de sus furores, habia tenido que esconderse en las entrañas de aquel caos. Pero allí era justamente donde Dios le reservaba sus mayores triunfos. Mientras el poder humano, gobierno de esclavitud y desigualdad por considerar

al hombre como un sér bruto, inmoral y esclavo, destruia la libertad individual y la unidad política, el catolicismo ó la Iglesia, gobierno de las almas, considerándole como un sér libre, moral é inteligente, creaba la libertad y la igualdad cristianas, para revelar á la humanidad sus inmortales destinos. Comprendiéndolo así el divino Gregorio VII, sin necesidad de recurrir al derecho divino representado en su persona como Vicario de Cristo, y sí solo con entender el derecho humano, es decir, poniendo en movimiento los elementos sociales, logró regenerar al hombre y á la sociedad y conducirlos despues por las vías del progreso. El sacerdocio le comprendió perfectamente. El sacerdocio comprendió que Dios le habia encargado la emancipacion de las razas esclavas; y por eso tomó al hombre por su cuenta, y no le dejó hasta instruirle y moralizarle. La lucha al principio hubo de ser terrible, porque echaba en la balanza de los destinos sociales el dualismo del sacerdocio y del imperio, el derecho legítimo y el derecho humano, el poder de Dios y el gobierno del hombre; pero poco á poco, con paciencia y con constancia, llegó á formar una civilizacion y crear una autoridad en el mismo seno de la anarquía, asimilando vencidos y vencedores, esto es, los señores y los esclavos, los cuales más de una vez se aproximaron en el seno de la Iglesia. Sin embargo, como el sacerdocio obraba más directamente sobre los desvalidos y las masas del pueblo, aquí fué donde consiguió las mayores victorias. El sacerdocio, no solo sustrajo al pueblo de la servidumbre, de la opresion y de la miseria en que le tenian los señores feudales, herederos del despotismo de los bárbaros, sino que tambien le alcanzó la libertad, la fortuna y el bienestar.

XIII.

En vista de tanta degradacion y desconcierto, tanto de parte del Estado como del clero superior de la Edad media, ya se concibe fácilmente la alta mision civilizadora que el sacerdocio debia llevar á cabal cumplimiento.

Dios en un principio habia regenerado la sociedad por medio de la Iglesia. Si, pues, habia de regenerarla nuevamente por este conducto, al sacerdocio católico tocaba hacerlo; porque solamente él conservaba la moralidad é inteligencia con que anteriormente la habia regenerado. La Iglesia ciertamente, no solo estaba encargada de salvar al hombre, sino que tambien estaba obligada por un mandato especial de Jesucristo. Y lo mismo sucede con la sociedad. Cuando la sociedad está en peligro de perecer por la mala direccion de los poderes humanos ó porque estos dejaron desarrollar demasiado el mal social, la Iglesia y el sacerdocio están obligados á intervenir, creando el órden y el bien, para asegurar el presente y el porvenir de la humanidad. En tal concepto el sacerdocio no puede carecer de los medios suficientes para hacerlo. ¿Pero los tenian en aquella época? Sí. Aunque los prelados y abades estaban dominados de un espíritu peligroso y perverso de muerte, la Iglesia conservaba todavía el vigor de su primer edad. El sacerdocio, alejado de las grandes luchas en la soledad ó en las aldeas, poseia la vida y el órden, la energía y el movimiento, la ciencia y la moral, que habia regenerado al hombre, salvado la sociedad y civilizado al mundo.

El poder divino debia luego triunfar una vez más del poder humano. Así como la Iglesia, por medio de sus Santos, mártires y doctores habia triunfado ya de la corrupcion, tiranía y su-

persticion paganas, del propio modo debia ahora triunfar de la anarquía, desórden y barbarie por la virtud y ciencia sacerdotal. En efecto: en todas partes la anarquía era completa, y llegaba á su colmo; «las instituciones, los principios, las costumbres, la religion misma, todo amenazaba perecer, todo se venia abajo.» La empresa era colosal; y lo era más todavía, considerando que aquellos sacerdotes por un lado estaban reducidos á la indigencia, y por otro carecian de proteccion, cuando no eran contrariados por los poderes de la tierra y por sus propios superiores. A pesar de esto lo consiguieron. En su presencia «todo se levanta, todo adquiere nueva vida, y en todas partes aparece un órden providencial.» ¿Quiere saberse cómo? Con la virtud y el trabajo.

Aquellos sacerdotes sabian que Dios habia prometido á la Iglesia la asistencia divina. Ellos sabian tambien que la habia ordenado la salvacion de todos los hombres y la conservacion de los intereses sociales. En este supuesto, sin cuidarse de las dificultades de la empresa, pusieron manos á la obra anunciando á los pequeñuelos el reino de Dios, y haciéndoles abrazar el Evangelio con sus preceptos y consejos. Mientras los hijos de los bárbaros se repartian el mundo romano, el clero católico, intérprete del Evangelio, para atenuar las violencias de la conquista y pacificar el género humano, se apoderó del ciudadano y del soldado, uniéndose á ellos expontáneamente. Y así como los bárbaros tomaron dos caminos para legitimar sus conquistas, que fueron reinar por la victoria ó hacerse cortesanos de los vencidos, así tambien el sacerdocio, para tomar posesion de la conciencia humana, abrazó otros dos que fueron la predicacion y el ejemplo. Con la primera, ilustrando por una parte las inteligencias, desvaneciendo los errores del espíritu, cambiando los corazones, mostrando la hermosura de la virtud y la fealdad del vicio, inculcando la necesidad de conocer y amar á Dios, el respeto á la religion y á las cosas santas, la caridad

para con el prójimo, la paz entre las familias, la devocion y la virtud á todos los fieles á fin de cimentar la piedad y reformar las costumbres; y por la otra civilizando á los bárbaros, haciendo triunfar la verdad por todas partes, socorriendo á los pobres, sembrando la esperanza en el alma de los infelices, consolando á los afligidos, rescatando á los esclavos, rezando á la cabecera de los moribundos, y vituperando las acciones de los poderosos y de los culpables para levantar la dignidad del hombre, que gemia en la vergüenza, en la afliccion, en el duelo, en la servidumbre y en la opresion universal, consiguió regenerar al hombre y á la sociedad, emancipándolos del despotismo, y haciéndolos marchar á la vanguardia del progreso humano; y con el segundo, fundando escuelas públicas, verdaderos centros de virtud, de saber y de progreso, para influir directamente sobre los entendimientos; roturando los bosques y los desiertos, estableciendo talleres de artes y oficios mecánicos, modelos de los grandes trabajos libres y voluntarios, para crear la propiedad y promover los intereses materiales, fundando sociedades que, aunque pequeñas por estar reducidas á los estrechos límites de una parroquia ó comunidad, estaban basadas en los principios fijos de la religion, de la moral, de la justicia y del buen gobierno, para contener los elementos anárquicos, prevenir los abusos de la fuerza, proteger los intereses comunes, crear el órden social y formular el derecho y las leyes morales; y prohibiendo pelear á no ser por los grandes principios de la religion, de la propiedad y de las sociedades, fuentes de dignidad, armonía y bienestar, alcanzó hacer al hombre morigerado y laborioso, y á la sociedad europea la más inteligente y civilizada. Con su doctrina y con sus escuelas sustituyó el esclavo con el súbdito, el tirano con el monarca ó con el padre, la fuerza bruta con el derecho, el despotismo con la autoridad y la licencia con la libertad, haciendo que la libertad y la autoridad pesasen igualmente en la balanza del go-

bierno, segun pesaban ya en la gobernacion de sus comunidades. El objeto de aquellos sacerdotes, creando aquellas sociedades, era asimilar el reinado del hombre en la tierra al reinado de los bienaventurados en el cielo. De lo contrario, no se habria apoderado de aquella sociedad, despues de tanto oscurantismo y barbárie, la necesidad de reposo, de seguridad, de sociabilidad, de constitucion, de estudio y creencias morales. Aquel sacerdocio representaba al catolicismo con su unidad y formas múltiples, el que á su vez representaba la inteligencia, la fé, el saber, la paz, la virtud, la ciencia, la libertad y la civilizacion. Por eso aquellas asociaciones particulares que eran hijas del catolicismo, con sus buenos resultados influyeron tanto en el desarrollo moral de la sociedad europea y en el triunfo de la civilizacion cristiana.

XIV.

No vaya, empero, á creerse que la sociedad europea apareció civilizada repentinamente. Quien así lo creyese no habria entendido nuestra relacion ni comprendia tampoco la accion paulatina de los principios generadores de la civilizacion. La sociedad europea no apareció civilizada en la Historia hasta el siglo XIII. Aunque en el siglo anterior habian dado ya principio las guerras de la Cruz, hijas del heroismo religioso y del entusiasmo caballeresco, ese duelo jigantesco de la Europa con el Asia, esto no prueba que la Europa estuviera ya civilizada, porque bien sabido es que «tanto contribuyeron á este resultado las aspiraciones generosas, como el amor á la vida licenciosa que hizo agrupar á la muchedumbre bajo el estandarte de las Cruzadas.» En rigor de verdad la epopeya de las Cruzadas prueba una cosa, que no es más, que entonces empezaba á

fructificar la semilla civilizadora arrojada por Gregorio el Grande y cultivada en los pequeñuelos por el sacerdocio católico. Para convencerse de ello basta fijarse únicamente en la formacion de las primeras guerras santas, y en el modo de influir el clero sobre la sociedad. El sacerdocio por lo regular obra directamente sobre el individuo y sobre el pueblo, cuyas ideas y hábitos crea, dejando que los poderes públicos, inspirados en las costumbres é intereses nacionales, hagan las leyes y gobiernen los pueblos. Por eso la grandiosa empresa de las primeras guerras santas, con solo anunciarse exaltó los corazones nobles, calentó tantas cabezas y armó á todos los brazos. Aquellas guerras eran hijas del espíritu cristiano, cuyas fuerzas duplicaba el espíritu de caballería, consecuencia de aquel. De otro modo los cuerpos de cruzados serian un ejército y no una turba, en la cual «se contaban tantos frailes como soldados, tantos mercaderes como clérigos, tantos trabajadores como vagos, tantos ricos como pobres, tantos ancianos como adultos, y casi tantos párvulos como mujeres.» Las guerras santas no fueron concebidas por la política y la diplomacia. No fueron siquiera organizadas y dirigidas por los poderes civiles, los cuales á pesar suyo hubieron de consentir en ellas al principio, y despues mandarlas para no perder sus coronas. Así nos lo dice el célebre historiador de las Cruzadas: «Viendo los condes y los barones que sus vasallos se marchaban, en la imposibilidad de poderlos contener, tomaron el partido de seguirles como jefes militares á fin de conservar algo de su autoridad.» Todos querian tomar parte en tan heróico movimiento; pero aquello aún no era civilizacion. Aunque el Occidente entero se arrojó sobre el Oriente con sus prelados, sus sacerdotes, sus caballeros, sus héroes, sus costumbres, su espíritu, su valor, su disciplina y su legislacion, así aquel pueblo bajo los muros de Constantinopla, lo mismo que á las orillas del Jordan, ostentaba tantas miserias como grandezas, tantos vicios como virtudes. Era lla-

mado el pueblo de Dios; pero con los mismos vicios y virtudes que nos describen los Libros Santos en el pueblo hebreo al atravesar el desierto. Esto, ni más ni ménos, era la civilizacion de las sociedades del siglo XII; esto eran las primeras cruzadas, guerras que, por lo mismo que eran generales y populares en Europa, nos revelan ya el carácter especial de aquel siglo, y un estado general muy próximo á civilizacion; pero no que la civilizacion hubiese dado ya una nueva forma á la Historia.

Si ahora penetramos en la historia del siglo XIII, ya sucede otra cosa. Aquí ya tiene que palpar el historiador filósofo los beneficios positivos que recibió la sociedad europea de la incesante enseñanza del cristianismo.

En efecto: merced á los supremos esfuerzos de Gregorio el Grande y del sacerdocio católico y de San Bernardo, Pedro Lombardo y otros sábios, formados exclusivamente por la fé católica, las verdaderas ideas de Dios, del hombre y de la sociedad tomaron en todas partes gran ascendiente sobre los ánimos. Las costumbres y las ideas peculiares antes de algun pueblo ó nacion, se hicieron comunes, y los sentimientos y relaciones políticas ó sociales de hombre á hombre, de soberano á súbdito y de súbdito á soberano, se hicieron generales. La organizacion popular se formó al lado y casi al propio tiempo que la institucion monárquica; y la monarquía civil y la monarquía pontificia, apoyándose recíprocamente, crearon un poder general, que realizó la unidad moral y política de Europa. La religion y la justicia eran los móviles que ponian en accion la sociedad europea. Tal es, en compendio, el estado general de la civilizacion europea á últimos del siglo XIII y en los siglos siguientes.

XV.

Si hemos de creer lo que dicen las leyendas, puede asegurarse que á últimos del siglo XII, por lo que á la civilizacion atañe, las sociedades de la Edad media habian salido de la infancia, si bien no habian alcanzado todavía la mayor edad. La influencia civilizadora del catolicismo y los ejemplos moralizadores del sacerdocio, eran demasiado públicos para que no dieran algunos resultados. La naturaleza no puede ménos de ser vencida en lucha con la gracia. Segun la frase brillante de un publicista, «el génio del bien y del mal parecian descendidos á la arena á batirse cuerpo á cuerpo,» y en lucha el génio del bien y el génio del mal, á menudo queda por aquel la victoria. El hombre forcejeaba por salir cuanto antes del fango en que le habian sepultado sus estravíos, originándose de aquí una lucha desesperada, la lucha verdaderamente social entre el hombre de las pasiones y el hombre de la inteligencia ilustrada por Dios. ¡Antítesis singular! ¡Era el hombre de las pasiones violentas y de la imaginacion ardiente, y aun así campeaba su entendimiento, con el auxilio de la dialéctica, por las regiones de la metafísica y de la teología, cayendo á veces en aberraciones monstruosas, á fuerza de tanto cavilar y sutilizar las cuestiones más abstrusas!

Particularicemos más lo que á principios del siglo XIII eran ya la sociedad y el hombre bajo el imperio de las pasiones y bajo la influencia del cristianismo.

La sociedad de aquella época, es cierto, era ruda, bárbara, licenciosa, corrompida, abyecta, ignorante, inquieta, turbulenta; pero ya Dios, por medio del catolicismo, habia inoculado en sus entrañas el contraveneno. Era ruda y bárbara; pero

su rudeza y barbarie estaban templadas por la religion. Era licenciosa y corrompida; pero ya era entusiasta y hasta fanática por la virtud y las prácticas más austeras. Era abyecta y servil; pero su abyeccion y servilismo estaban contrarestados por un alto aprecio de los títulos de nobleza y de sangre, de consuno, que por un espíritu de democracia y de independencia. Era ignorante; pero su ignorancia se conocia á sí misma, se consumia y afanaba en pos del saber, no arredrándola los más largos viajes para escuchar las lecciones de famosos maestros. Era inquieta y turbulenta; pero en sus luchas y guerras ya se invocaba la legitimidad, la razon, la justicia, el tribunal de Dios. Las pasiones del hombre eran vivas, enérgicas, violentas; el hombre valeroso é intrépido, aun en las empresas más peligrosas, que arrostraba con el mayor denuedo y audacia, como educado en la profesion de las armas, su ocupacion favorita; pero ya las solia revestir de una galantería extremada, ya cautivaba su imaginacion pintoresca y fogosa lo grande, sublime y heróico. En una palabra: el hombre corria siempre en busca de lo maravilloso, y era todo un caballero á la usanza de la época.

XVI.

No se podria medir todo el alcance de nuestras afirmaciones si no describiéramos de alguna manera la civilizadora instruccion de la caballería. Fijemos, pues, nuestra consideracion, aunque solo sea unos momentos, en la significacion de esta palabra mágica, dejando para más adelante el brillante conjunto representado por la palabra caballero en el siglo XIII y siguientes, que fueron los tiempos de su mayor desarrollo.

«La caballería era una asociacion de hombres valientes

que tenian por norte el honor, por principio la gloria, por fin la defensa de los intereses comunes, por placeres las aventuras peligrosas, por medios las armas, por vínculo la conformidad de gustos, de costumbres y de nobles sentimientos; por veneracion la mujer, por objeto la proteccion de los débiles; esto es, la humanidad, y por culto á Dios.»

Pero ¿qué causas motivaron el establecimiento de una institucion tan bienhechora? ¿Se debe á la casualidad? ¿Procede por el contrario, de la accion ordenada de algun principio civilizador? ¿Qué es lo que nos dice la Historia? Y la Historia nos dice que la institucion de la caballería únicamente puede atribuirse al espíritu del cristianismo que inspiró al hombre el sentimiento de su dignidad, y que elevó la mujer de la clase de sierva y de esclava al rango de compañera del hombre.

A la caida del imperio romano desaparecieron del horizonte europeo todos los principios de equidad, todas las nociones de justicia y todos los elementos de civilizacion. El desórden causado por las hordas de los bárbaros y despues por las falanges mahometanas, sepultó la sociedad europea en un océano de ruinas, de tal suerte que las razas occidentales, no teniendo ya freno que las contuviese ni tabla de salvacion á que asirse, estaban á punto de perecer en el diluvio de sus feroces instintos. En el mar tempestuoso de aquella inundacion todos eran elementos destructores. El hombre solamente obedecia los instintos de la fuerza, instintos que desgraciadamente dominaron la sociedad por algunos siglos, á pesar de la poderosa espada de Cárlos Martel, de la potente diestra de Pipino y del génio civilizador de Carlomagno, los cuales tanto trabajaron por contener el general desbordamiento.

En tamaño cataclismo, nada se respetaba; ni la propiedad particular, ni los intereses sociales, ni el lecho conyugal, ni la vida del hombre, ni el tabernáculo de Dios, ni el santuario del hogar, ni el honor de la esposa, ni la virtud de la doncella.

Pero la propiedad del hogar doméstico que es el más precioso de los derechos del hombre sociable y principalmente el amor, que es la más terrible de las pasiones humanas, hicieron pensar al ciudadano en su propia defensa, y asociarse con los que tenian que defender unos mismos derechos é intereses. Tal fué, si no el orígen, al ménos la causa ocasional de la institucion de la caballería.

En efecto; cuando ya no eran ejércitos los causadores de la general desolacion, sino algunos centenares de malhechores los que se entregaban al rapto y al pillaje, algunos ciudadanos, movidos de la pública necesidad, se asociaron y armaron para oponerse á sus depravados intentos, siendo el amor el móvil ostensible de sus caballerescas asociaciones. En un principio aquellos caballeros, á fin de ocurrir á las primeras necesidades de la humanidad, no pudieron formar sino corporaciones ó sociedades poco numerosas; pero andando el tiempo, el espíritu caballeresco perdió la antigua vaguedad de sus primitivas aspiraciones, y estas sociedades se convirtieron en órdenes de caballería, reglamentadas por la experiencia y por la religion cristiana, que era la que en primer término habia contribuido á su establecimiento y organizacion, aunque no se sepa cuándo fueron creadas. Si bien dicen algunos que las órdenes de caballería nacieron con el siglo VIII, me parece que esto es aventurar mucho. Yo no las veo aprobadas por la Silla apostólica hasta mucho despues, y esto me hace creer que, caso de existir entonces, serian simplemente asociaciones caballerescas, y aun bajo este concepto yo no sé que existiesen hasta el siglo IX. Lo que no se puede dudar es que son hijas de la religion católica á pesar de su aspecto profano, y esto basta á nuestro propósito. La Historia y la tradicion nos las presentan siempre subiendo ó bajando, en estado de prosperidad ó de decadencia, segun subia ó bajaba el barómetro de la civilizacion cristiana. Aquellas sociedades, viéndolas poderosas en

el siglo XIII y siguientes, y como una mezcla singular de amor y de rudeza, de valentía y de religion, en la Edad media, ya antes de la primera Cruzada, yo creo que es lícito asegurar «que salieron insensiblemente con sus leyes, con sus usos y sus caractéres distintivos del mismo estado de la civilizacion,» formada por el catolicismo.

Sin necesidad de descender á otros pormenores, tenemos todavía otra consideracion general que nos prueba altamente que las órdenes de caballería son hijas de la religion católica. Antes de las guerras de las Cruzadas, el caballero, por lo regular, no obedecia más que al simpático encanto de la belleza; mas despues este entusiasmo hubo de contenerse en ciertos límites, consagrándose el caballero á la comun utilidad de los pueblos, como era ilustrar á los hombres, inspirar al ciudadano el amor de la pátria, civilizar la ferocidad de las costumbres públicas y hacer comprender á todos que la humanidad tiene enemigos más temibles que los que pueden vencerse con la lanza y la espada. Verdadero soldado de la civilizacion, el caballero cristiano, no solo debia saber combatir en todas ocasiones á los enemigos de su fé y de su pátria, si que tambien debia saber vencerse á sí mismo, librándose de pecado y dominando sus pasiones. A la vez que eminentemente guerrero, debia ser eminentemente virtuoso.

Y admira ciertamente el perfecto equilibrio que reinaba en los diferentes y aun, si se quiere, opuestos deberes del caballero. Considerando los móviles de sus actos, debia ser un verdadero contraste; pero considerando sus hechos era la tésis y la antítesis reunidas en uno, sin nunca contradecirse. Por un lado debia obedecer al amor y á la religion, y por el otro debia ser religioso hasta la virtud y el más enamorado de los hombres sin dejar de ser virtuoso. Y era el verdadero hijo de la religion y el verdadero hijo del amor. Como cristiano era la tésis, como hombre la antítesis, y como caballero la síntesis,

El hombre y el cristiano hacian el caballero, el cual, siendo eminentemente cristiano, era á la vez el hombre de las pasiones sobrescitadas, y, siendo el hombre apasionado por escelencia, era al propio tiempo un modelo de cristianos. Obedeciendo al sentimiento religioso peleaba con heroismo, é inflamado su espíritu contínuamente por el amor, era capaz de dar cima á las mayores empresas; y no obstante su voluntad, que por el amor y la religion era inquebrantable, aquella voluntad, que por la memoria de una mujer era de hierro en el combate y en las circunstancias más árduas de su agitada profesion, en sociedad, en el hogar y á su lado se templaba con la misma facilidad que se templa la lira de un bardo.

La militar profesion de la caballería hace época en la marcha de la civilizacion humana; porque á su influencia debe la humanidad indisputablemente no solo la elevacion intelectual y moral del hombre y los adelantos en el arte de la guerra, sino que tambien una grande suavidad de costumbres y el verdadero ensalzamiento de la mujer. La caballería tomó, no la mujer degradada del paganismo, sino la mujer ennoblecida por el catolicismo. Las sociedades gentílicas hacian é hicieron siempre de la mujer un objeto de mercancía; mas el catolicismo supo circundar su hermosura de un muro sagrado, resguardado por el respeto y las más delicadas consideraciones. El cristianismo hizo de la mujer la compañera del hombre, y la caballería se instituyó para hacerla el ídolo de su alma. Y la hicieron en efecto. Desde la institucion de la caballería empezó á ser la mujer el móvil de todas las nobles acciones del hombre. La mujer era una especie de talisman, á que irresistiblemente obedecia el caballero en el combate y en los trances más difíciles de su carrera. Por la mujer no se arredraba el caballero ante la misma imposibilidad. Hasta el peligro era buscado con ánsia. Ocasiones habia en que el culto de la mujer corria parejas con el de la Divinidad. Por su Dios y por su dama desnudaba el acero

en el combate, é invocando su nombre, á trueque de merecer una sonrisa ó una mirada de sus ojos, se arrojaba el caballero sobre los enemigos de su pátria y de su fé aun á pique de estrellarse contra sus armas. La mujer debia conquistarse y ser la recompensa meritoria de la virtud. El caballero debia obsequiar á su dama con desinteresada abnegacion, con esmerado afan, con escogido rendimiento, con delicada galantería, con actos de virtud y de heroismo. A tanto estaba obligado, aunque de antemano supiera, por ventura, que no habia de ser correspondido por la señora de sus pensamientos. Si alguna vez pasaba de aquí, si alguna vez traspasaba el amor estos límites, ya no era amor, era una flor agostada por un aire solano. El caballero solo podia amar á su dama como se ama lo que es bello. Su amor debia conservarse siempre en las regiones del más espiritual idealismo. El amor en su ideal pureza era el que únicamente podia cŏronar con fortuna la frente de una hermosa. Este era el único amor digno del caballero cristiano y del altivo paladin creados por las órdenes de caballería. El cristianismo se propuso, entre otros fines, que la inmunda arena del circo no fuese ya el teatro de la gloria de la mujer, ni que esta como Onfale á Hércules degradase á sus adoradores, y la caballería hizo que la hermosa compañera del hombre, la que con él debia compartir las penas y los goces de la vida, brillase en la sociedad con el esplendor debido, y que solo fuese amada por el hombre con aquel amor grande, elevado y divino que ella debia saber inspirarle en la pureza de sus afectos.

Tales eran con referencia al amor los deberes del caballero, deberes que no podian ménos de ser hijos del catolicismo. ¿Pero era tambien hija del catolicismo la humanitaria institucion de la caballería, relativamente á las demás obligaciones? Seguramente que sí. Su formacion y organizacion, la vida y ocupaciones de los caballeros, el espíritu de su instituto, el ejercicio de su profesion, el fin de sus acciones, su heroismo y virtudes

nos lo dicen claramente. El caballero debia hermanar el valor y la cortesanía, la fuerza y la moderacion, la nobleza y la finura, la intrepidez y la piedad. Debia ser el constante defensor de los derechos del hombre, de la sociedad y de la religion. Su conducta siempre debia estar en armonía con la divisa de su escudó, que era cumplir la palabra empeñada y preferir la muerte al perjurio, socorrer al desvalido y combatir al soberbio, aborrecer la tiranía y defender la inocencia. Debia aspirar incesantemente á toda distincion honrosa, y á pesar de ello no podia dar lugar á que se le tachase de otro interés que el de practicar la virtud. El caballero debia reunir la religiosidad de los hijos de Occidente y la galantería de los hijos de Oriente, la lealtad de los hijos del Norte y la exaltacion de los hijos del Mediodía. Debia ser humilde como los hijos de la Cruz, é impetuoso como los hijos de la guerra. Debia juntar la finura en los modales y la destreza en las armas, la discrecion en el consejo y la prudencia en la batalla. En sociedad su palabra debia ser la alegría del festin, y en la guerra debia ser su espada el rayo de la tempestad. Á vista del enemigo debia encenderse como la llama, y en la quietud del hogar se debia adormecer al perfumado ambiente de las flores. En el combate debia latir su corazon al áspero crugir de su armadura, y en el seno de la familia, perdiendo el ánimo la anhelosa fatiga de la pelea, sentir los tiernos acordes de una música. Lo mismo debia saber dar una batalla, que cantar una balada al dulce son de su cítara. En su pátria no podia estar sin ocupacion, ni fuera de ella viajar por pasatiempo. No podia entrar en desafio sino en defensa de su honra ó de su dama, ni justar en los torneos sin haber ganado antes su espada y su armadura. Necesitaba ostentar la nobleza de su sangre y estar favorecido de bienes de fortuna, y á pesar de eso, no podia alumbrar su carrera sino con los fulgores de su misma gloria. Por último, cualquiera falta era bastante á empañar el brillo de

su nombre, y su gloria era efímera hasta no encerrarse en la tumba.

XVII.

Á juzgar por lo que era el caballero del siglo XIII, ya se comprende que el catolicismo debia tener entonces la civilizacion muy adelantada. Á un cataclismo social, que todo lo aniquilara, sucedió el génio reparador para poner en órden las cosas subvertidas; lo que nos prueba que Dios jamás deja la humanidad abandonada á sus destructores instintos. Con el fin de acabar con el caos de la Edad media, vemos ya que por un lado suscitó á Hildebrando y al sacerdocio católico, y por otro las órdenes de caballería, quienes á una crearon el órden y mejoraron las costumbres públicas. Mas el hombre y la sociedad no eran todavía perfectos. Aunque los cimientos del edificio social tenian raices, digámoslo así, aún faltaba el coronamiento del edificio. Los beneficios no eran generales, y por otra parte, los hábitos del hombre luchaban con el atraso de su inteligencia. La parte moral estaba ya en disposicion de dominar la braveza de costumbres; pero aún faltaba al hombre la sabiduría para volar en alas de los ángeles. Y la sabiduría cabalmente era la que Dios queria comunicar á los hombres para reunir en uno todos los elementos de la civilizacion cristiana.

En efecto; en el primer tercio del siglo XIII aparece un hombre de un temple singular, que reune altamente cuanto en otro lugar afirmamos acerca de los hombres providenciales; hombre que descuella entre los sábios de su tiempo, como en el bosque la secular encina por su corpulento tronco y soberbia copa entre endebles arbustos. La ilustracion, que hasta entonces era privilegio de algunos hombres y de algunas castas, ya no la fué

difícil, escudada con el prestigio de su nombre inmortal, remontar su vuelo, cobijando debajo de sus esplendentes alas á todas las naciones del globo. No era extraño. Habia sonado ya en el reló de la Providencia la hora de la barbarie de la Edad media, y ahora le tocaba su turno al oscurantismo.

Y en verdad, Santo Tomás de Aquino, grande ornamento del estado religioso, fué el hombre encargado por Dios para poner en planta en la lid social de costumbres é ideas tan encontradas, los preceptos de la religion y los más sublimes y austeros consejos del Evangelio; reunir como en un centro la razon, la justicia, la ciencia y todas las fuerzas, é imprimirlas el movimiento conveniente, dando así el más brioso impulso á la humanidad y la civilizacion. La gran vivacidad de su ingénio, la facilidad en solventar las cuestiones más oscuras, su penetracion altísima, su erudicion portentosa y el método singular que se admira en todos sus escritos, tanto filosóficos como teológicos y morales que él supo embellecer con su imaginacion de ángel y entendimiento de profeta, le merecieron el envidiable título de *Angel de las Escuelas*. Héroe por la castidad, su santidad eminente y pureza de costumbres, como gigante por la sabiduría, se conquistó desde luego una celebridad sin ejemplo. En todas las escuelas se enseñaba la ciencia por sus obras, y de todas partes se le consultaban las dudas como á universal oráculo. ¡Dictadura poderosa, en redor de la cual se vieron obligados á girar con atraccion irresistible los escritores escolásticos de la época, deponiendo en veneracion á la influencia incontrastable de su talento, su exagerada aficion á las sutilezas y cavilaciones frívolas y á las disputas vanas, como en el sistema solar giran los planetas alrededor de su centro! El *Doctor angélico* hace época en la marcha del espíritu humano, así en la parte científica como en la parte moral.

Si ahora tratamos de averiguar dónde Santo Tomás de Aquino adquirió la ciencia con que asombró al mundo; si tratáramos

de saber por qué Santo Tomás fué hombre providencial; si en fin, quisiéramos saber la causa de su influencia eminentemente civilizadora, veriamos que su ciencia la aprendió en la escuela del *Crucificado*, que mereció su mision divina á ser discípulo fiel de esta escuela, y que su fecunda influencia era resultado natural del catolicismo encarnado nuevamente en sus obras monumentales. El mismo Santo Tomás nos dice que siempre daba principio al estudio por la oracion, siendo su principal maestro el *Divino Crucifijo*. Su devocion á la Madre de Dios, la efusion de su abrasado corazon en presencia del *Señor Sacramentado*, la mortificacion de sus sentidos, la oracion asídua y la práctica de todas la virtudes, le alcanzaron la sabiduría. Sus obras eran hijas de aquella fé que traslada los montes, y que es madre de la ciencia y de la civilizacion; fé que habia inspirado tantos volúmenes inmortales á los Padres de la Iglesia. Por eso le vemos eclipsar con su sabiduría á los dialécticos del siglo XIII, y por eso quiso Dios que Santo Tomás de Aquino, con sus virtudes y sabiduría, eslabonase el saber de la era de San Gerónimo y San Agustin con la de Leon X, Lainez, Petavio, Belarmino, Salmeron, Bossuet y el Tostado.

XVIII.

Si habemos de enumerar uno por uno todos los obstáculos del progreso, para más hacer resaltar la divina influencia de la religion católica, como madre de la civilizacion humana, tocábanos hablar ahora del renacimiento y del protestantismo, y de sus hechuras el jansenismo y el racionalismo; y no es este nuestro propósito. Nosotros únicamente nos propusimos trazar á grandes rasgos las épocas calamitosas de la humanidad,

cuando esto nos servia para contar, aunque solo fuera sumariamente, los beneficios que la sociedad ha debido al catolicismo. Por esto tenemos que ser muy parcos y precisos en este punto, máxime porque tenemos una palabra que nos sirve de objeto, porque es el compendio de las sectas sobredichas. Debemos tratar del liberalismo, y el liberalismo, segun es sabido, solo abriga ódios y rencores para la religion católica. El liberalismo todavía no ha podido ser civilizado por el catolicismo. En este concepto, pasando por alto algunos resultados positivos sí, pero poco trascendentales para poder afirmar que el principio católico ha dado ya á las sociedades modernas el sesgo conveniente, tenemos que contentarnos con definir el liberalismo.

El sistema liberal puede considerarse bajo dos respectos: con relacion al catolicismo y relativamente á la política, porque á la vez que es sistema de gobierno, es sistema religioso, aunque en sentido negativo, en cuanto presume destruir el catolicismo.

El liberalismo, relativamente á la religion, es la síntesis del protestantismo, jansenismo, racionalismo y aun del renacimiento. Es una coleccion, ó mejor dicho, la última edicion del paganismo, renacimiento, protestantismo, jansenismo y racionalismo. El liberalismo es corrupcion é inmoralidad, ilustracion falsa, soberbia, supersticion y libre exámen, ignorancia, hipocresía é incredulidad. Es corruptor é inmoral como el paganismo, tan falsamente ilustrado como el renacimiento, soberbio y supersticioso como el protestantismo, hipócrita y pérfido como el jansenismo, y tan incrédulo é ignorante como el racionalismo. A pesar de esto el liberalismo quiere pasar por católico é hijo de la Iglesia. De otro modo no podria engañar á los pueblos ni á la sociedad cristiana. Las sociedades católicas, que es donde por desgracia ha posado su inmunda planta, le habrian arrojado de su seno. Pero como la iniquidad se

miente á sí misma, se ha visto en la precision de manifestar sus irreligiosos instintos. Así vemos, que lo mismo defiende en Crimea el zancarron de Mahoma, que levanta á Voltaire una estátua; lo mismo despoja á la Iglesia de sus temporalidades, que proclama la libertad de cultos; lo mismo construye un cementerio protestante, que adora la pata de Garibaldi. Con la misma facilidad saquea y destruye un convento, monumento del arte, que hace la apoteosis de una revolucion en que perecieron millares de ciudadanos. El liberalismo en religion, cuando no es supersticion y tiranía, es indiferentismo é incredulidad. Por eso no importa que quiera pasar como católico. A la corta ó la larga los pueblos comprenden que no profesa otra religion que la que él mismo se ha forjado. Demasiado saben ya que no profesa la que Jesucristo trajo al mundo, ni la que enseña la Iglesia, ni el episcopado, ni el clero católico. Por más que proclame el sofisma alucinador de «la Iglesia libre en el Estado libre,» nunca tiene para la Iglesia más que opresion y cadenas. Jamás ha considerado á la Iglesia como sociedad independiente. Si alguna vez trata con la Iglesia como de potencia á potencia, es para legitimar ante los pueblos el robo de sus bienes ó la usurpacion de sus derechos. Es conducta jansenista. Solamente así podia conservar los bienes de la Iglesia, del clero, de beneficencia, y los que estaban consagrados al sufragio de las almas del purgatorio. El liberalismo, por otra parte, usa con la Iglesia de un derecho que no tiene. Créese heredero de los monarcas cristianos, y no lo es; y esto hace más patente su ilegitimidad en el terreno católico. Aunque no tuviéramos otras pruebas, esto solo nos probaria que no es hijo del catolicismo. Los Papas concedieron á los monarcas católicos algunos títulos y privilegios por la proteccion que habian dispensado á la Iglesia y á condicion de ser en adelante sus protectores; pero como el liberalismo no es heredero legítimo de aquellos monarcas ni cumple tampoco la condicion de

proteger á la Iglesia, resulta que su intencion al tratar con ella no puede ser otra que destruirla. En caso contrario, haria por merecer aquellos privilegios y aquellos títulos, y despues trataria con la Iglesia para devolverla sus propiedades. Si fuera católico, no pediria concordatos tras de concordatos para aherrojar la Iglesia más y más al carro de su despotismo ó para quedarse con los pedazos de su túnica inconsútil. El liberalismo, finalmente, no es católico, porque no lo son los que se apellidan liberales. Si se exceptúan algunos tontos ó inocentes, muy raros por cierto, que se dicen liberales sin saber lo que es liberalismo, todos los demás están adscritos al sistema para medrar y anexionarse lo ajeno, ó porque no creen en el sétimo precepto del Decálogo, ó para profesar la religion que quieren á la sombra del liberalismo. El sistema liberal no es más que una enseña ó consigna para conocerse públicamente en su guerra contra la Iglesia los que profesan las diferentes religiones humanas ó no profesan ninguna. Para convencerse de ello, no hay más que fijarse en las personas. ¿Existe en un pueblo algun hombre revoltoso que no frecuenta la Iglesia ó que no cumple con los preceptos de la religion, ni aun con aquellos que generalmente cumplen los pecadores? ¿Hay alguno que no obedece, desprecia ó murmura de los pastores eclesiásticos, ó llama neo-católicos á los buenos cristianos? Este hombre, indudablemente es demócrata, ó progresista, ó cuando ménos es liberal. Este ciudadano obedece á la consigna, porque la palabra neo-catolicismo, que es la que al liberalismo conviene propiamente, fué inventada para atacar al catolicismo en los países católicos.

Considerado empero el liberalismo como forma de gobierno, tampoco puede salir bien parado de nuestra crítica. El liberalismo en política es la anarquía universal. Apreciémoslo por conceptos. Juzgándolo por sus propios actos es como mejor pueden conocerse sus bondades. El liberalismo como forma de

gobierno es el desórden en todos los ramos de la política. En administracion es la peor de las centralizaciones; en elecciones, la violencia y la influencia moral; en Córtes, la personalidad y el pujilato; en la prensa, la difamacion, el cinismo y la mentira; en diplomacia, la insidia y el engaño; en constituciones, el capricho y el espíritu de partido; en funcionarios públicos, la empleomanía y el favoritismo; en la gobernacion del Estado, la arbitrariedad y la fuerza; en policía, el espionaje; en la guerra, el derecho de conquista y el cesarismo; en legislacion, el embrollo; en la ejecucion de las leyes, la inconsideracion; en Hacienda, la bancarota; en economía, el pauperismo; en estadística, un sistema de exacciones; en propiedad, la usurpacion; en las oficinas, el caos, la holgazanería y la eternizacion de los espedientes; en gobierno, el militarismo; en el arte militar, la destruccion del hombre y de los monumentos artísticos; en sociedad, la guerra; en las naciones, la guerra civil; en el mando, el despotismo; en los pueblos, el derecho de insurreccion; en los centros de poblacion, los levantamientos y los motines; en las villas y ciudades, las sociedades secretas; en patriotismo, el cosmopolitismo ó la venalidad al extranjero; en costumbres, la desmoralizacion; en tradiciones, la abolicion; en riqueza, la desamortizacion; en opiniones, la conveniencia y el interés; en contratos, el utilitarismo; en materias eclesiásticas, la dependencia de la Iglesia y del clero; en concordatos, el despojo de la Iglesia; en religion, la libertad de cultos y la tolerancia religiosa; en la propagacion de la especie, el matrimonio civil; en el hogar doméstico, la perturbacion de las familias; en legitimidad, la conculcacion de todos los derechos; en agricultura, el abandono; en las artes, el sensualismo; en industria, el lujo; en el comercio, el libre-cambio ó el monopolio; en las ciencias, la ignorancia; en antigüedades, el olvido; en instruccion pública, la confusion y el estravío de la inteligencia; en erudicion, el charlatanismo; en crítica, la

parcialidad; en historia, la adulteracion de los hechos; en filosofía, el sofisma; en adelantos, el materialismo; en el discurso, la falsificacion de la verdad; en ilustracion, el oscurantismo; en el habla, la corrupcion del lenguaje pátrio; y así por este tenor en todos los ramos de la administracion pública, y en todas las cosas humanas.

En vano, pues, dice el liberalismo que resucitó el sistema representativo á su pristina pureza. El liberalismo nada más ha hecho que bastardear la política, jamás ha cumplido la voluntad de los pueblos, antes bien ha sido para ellos una constante amenaza. En su afan de enriquecerse y de descatolizar las naciones nada ha respetado, ni en el órden religioso ni en el órden civil; prometiendo cumplir la voluntad nacional, siempre se le ha visto obrar segun sus cálculos, vejando los pueblos con contribuciones insoportables para sostener la opinion y sus falanjes de empleados, y oprimiendo á la Iglesia para desprestigiarla y aniquilarla. Siempre ha menospreciado los derechos de la una y la justicia de los otros. Por eso se ha comido las riquezas de la Iglesia, los bienes del clero y de los conventos, los socorros de los desamparados, de los enfermos y de los pobres, y hasta los bienes de los pueblos. El liberalismo, en materia de dinero, es un abismo sin fondo. Avaro y sensual, como que no tiene más Dios que el vientre, todo lo sacrifica á su egoismo y á sus apetitos desordenados de gozar. Únicamente así, dejando los pueblos en la miseria, ha podido consumir tantos caudales, atesorados en la Iglesia y en los municipios por muchos siglos de economía, sin considerar que, con el despilfarro de estos bienes y en particular los de la Iglesia, mataba la gallina que ponia á las naciones los huevos de oro. De este modo es como ha representado el liberalismo, en materia de intereses, á los antiguos procuradores de las ciudades, que tan alto hablaban á los reyes cuando estos oprimian á los pueblos con impuestos y cargas injustas.

Y la desgracia es, que el liberalismo tampoco las ha representado mejor en materia de leyes, derechos y libertades. El liberalismo solo ha cambiado el despotismo de los reyes por la tiranía propia; tiranía más cruel é insaciable, porque al cabo los reyes siempre son padres de su pueblo, al paso que el liberalismo ordinariamente obedece á sus ánsias de oro y de mando. Los reyes al ménos se hacian obedecer en nombre de Dios, cuya autoridad invocaban; pero el liberalismo, sustituyendo el derecho divino de los siglos cristianos por el derecho humano de las sociedades paganas, hace que el hombre se obedezca á sí mismo, con lo cual hace más insoportable la obediencia. Las leyes que, segun el liberalismo, debe acatar el hombre, más bien son hijas del partido político, que de la conveniencia pública. Hijas de la discusion y del sufragio, que es lo que propiamente se llama parlamentarismo, primeramente ve en ellas el ciudadano la personalidad y la opinion política, que la justicia y la utilidad comun. De aquí resulta que estas leyes sean meramente humanas, y careciendo de sancion, solo pueden tener cumplimiento por un sistema de represion y de fuerza. Nada vale que diga el liberalismo que manda al pueblo por medio del pueblo, en nombre de Dios; porque solo manda al pueblo, por el pueblo ó contra el pueblo. Al decirlo incurre en una contradiccion con el triple carácter de política, filosófica y religiosa. Incurre en contradiccion política, porque la política no es el arte de gobernarse á sí mismo: incurre en contradiccion filosófica, porque el súbdito no puede ser á la vez soberano: incurre en contradiccion religiosa, porque Dios no delega su poder á la colectividad, sino que, acomodándose al modo de obrar de todo gobierno humano, elige á uno ó algunos entre muchos para regir la comunidad. El liberalismo además incurre en otra contradiccion soberana, madre de todas las contradicciones. Por un lado invoca en principio la autoridad de derecho divino, y por otro ejerce la autoridad de derecho puramente humano,

reprimiendo en lugar de prevenir, proclamando los derechos del hombre en vez de proclamar sus deberes. ¡Cuán cierto es que el hombre cuando se aparta de Dios no es más que hombre! Sin Dios, ni puede añadir el hombre un codo á su estatura, ni hacer cosa grande ni permanente. Si Dios no le ayuda, ni aun puede levantarse del lodo de la tierra. El hombre sin Dios ó contra Dios no hará más que recorrer los caminos de su justicia, para aniquilarse ó para caer en los brazos de su misericordia. A no suceder así, ya el liberalismo hubiera podido reportarse y acaso habria legitimado, aunque aparentemente, su poder y soberanía. Pero el liberalismo es el gobierno de la soberbia humana. Por esto no puede dar un paso sin caer en un abismo. Dícese liberal y es la moneda falsa de la libertad. Es la muerte de la libertad moral, de la libertad política y de la libertad civil. En teoría proclama el principio de las libertades absolutas, y en la práctica, cuando no estimula la libertad para el mal, da la muerte á todas las libertades. Proclama en principio el derecho de asociacion, y lo que vemos es que únicamente cohibe las asociaciones católicas, dando rienda suelta á todas las demás porque no se oponen ó le ayudan á elevarse y sostenerse como interesadas en su engrandecimiento. El liberalismo es el sistema de las usurpaciones, hasta en el nombre que se abroga de llamarse sistema representativo. El verdadero sistema representativo, considerado siempre como un contrapeso contra los abusos del poder, jamás atacó el quid divino de las autoridades soberanas; mas el liberalismo, habiendo tomado sobre sus hombros el gobierno del mundo sin contar con el poder de la autoridad, ó más bien con ánimo de destruir todo lo que pertenezca al gobierno divino de las sociedades humanas, todo lo ha usurpado, y abusado há de todo. Quiso dirigir la sociedad sin contar con Dios ó contra Dios, y sucedió lo que habia de suceder. Ha gobernado con el despotismo, y solo puede reinar sobre ruinas.

Tal es el liberalismo, mirado como sistema religioso y como fórmula de gobierno, segun lo han juzgado los escritores más autorizados de la época, y segun el mismo se ha exhibido ante los pueblos para ser anatematizado por la Historia.

El liberalismo, sin embargo, no es en su esencia lo que acabamos de decir. El liberalismo puede teóricamente considerarse de tres maneras diferentes: como sistema religioso, como sistema religioso-político, y como sistema político. Por esta triple division se comprende bien que no juzgamos el liberalismo en el último concepto. Nosotros lo censuramos como sistema religioso y como sistema político-religioso, que es como hasta aquí se ha manifestado y en cuyo sentido lo ha condenado la Iglesia principalmente. Si únicamente se hubiera presentado en la escena del mundo en el concepto político, no seria nuestra pluma la que censurase el sistema liberal. Porque, como ya dijimos en otra ocasion, «eso de que el pueblo elija espontáneamente por sus representantes en la córte á hombres morigerados, de conocida probidad, pacíficos, instruidos, desvelados por los intereses del pueblo; á hombres que siempre antepongan los intereses nacionales á los suyos propios; en una palabra, hombres todo del pueblo y nada de sí mismos, para que expongan reverentemente á los piés del trono las necesidades que afligen á la nacion, con el fin laudable de que se remedien cuanto antes como mejor convenga á los intereses de todos, es una cosa bella, grande, divina, que parece bajada del cielo.» Obre así el liberalismo, y obtendrá nuestras alabanzas y las bendiciones de la Iglesia. El sistema liberal, como otra cualquiera forma de gobierno, puede hacer la felicidad de las naciones, con la única diferencia, por causa de su complicado mecanismo, de estar más expuesto á ser víctima de las pasiones humanas. Limítese únicamente á gobernar los hombres, descartando sus preocupaciones antireligiosas y dominando sus voraces instintos; sea profundamente religioso, oyendo y tratando con la

Iglesia para obedecer sus preceptos y consejos, y secundar las inspiraciones de la religion, en que consisten los intereses religiosos y sociales de los pueblos, y entonces nada tendrá por qué temer la crítica de los hombres, ni las condenaciones de la Iglesia, ni el fallo de la posteridad.

XIX.

Presume el liberalismo, porque la Iglesia, defensora obligada de los intereses religiosos y sociales, no le ha declarado la guerra en todos los puntos vulnerables, que lo considera como sincero protector de la religion y de los pueblos, perdonándole sus defectos, que deben mirarse como accidentales, y se engaña grandemente. Así la Iglesia como los pueblos, y principalmente la Iglesia, bien saben que aspira en primer término á la destruccion del catolicismo y de la sociedad civil. Si la Iglesia le ha dejado hasta aquí seguir por los caminos de la muerte, es porque las sociedades modernas necesitan de un escarmiento y de una enseñanza más. La humanidad, demasiado confiada en sí misma y olvidando con negra ingratitud los inmensos beneficios que siempre ha recibido de Dios, quiso gobernarse por sí sola, con el apoyo de su innata flaqueza, y lo que hizo fué prostituirse y degradarse. Los reyes la oprimieron con su despotismo, y los grandes la azotaron con su férula. Aún mas. No podia acercarse á sus tronos á no ser por el servilismo y el envilecimiento. Los poderes humanos, semejantes á las antiguas divinidades del Olimpo, como ellas eran crueles, vanos y soberbios.

Como no podia ménos de suceder, este despotismo fué causa de que se operase en el seno de la sociedad una revolucion in-

mensa, una revolucion superior á todas las revoluciones conocidas en lo religioso, social y político. La humanidad hubo de conquistar sus derechos, y los conquistó con esceso. Aprovechando la incapacidad y los desaciertos de los poderes públicos, que tan corrompidos é inmorales como ella, dormian en la orgía y en el goce de sus depredaciones, lanzóse á una guerra de esterminio, de la que no desistió hasta no operar en la sociedad una metamórfosis completa, que rompió totalmente los lazos del pueblo con todo gobierno, y las relaciones de la sociedad con el individuo y del individuo con la sociedad. Bajo el pretexto de realizar un ideal nuevo de sociedad con el nombre de soberanía nacional en reemplazo de la soberanía divina, á cuya sombra se la habia oprimido y vejado de mil maneras, desorganizó la sociedad, destruyó el poder, confundió los elementos de órden, produjo la anarquía é hizo imposible el gobierno. Mientras los poderes humanos no llenaron la medida, contuvo Dios los pueblos en la obediencia; pero luego que los crímenes de aquellos pesaron más en la balanza divina, permitió Dios que estos, para castigar los abusos de su autoridad, enarbolasen la enseña de la democracia, destruyendo el órden moral y temporal de los Estados y creando la anarquía. De este modo castigó Dios aquellos gobiernos y aquellos soberanos que quisieron gobernar y gobernaron los pueblos efectivamente por medio del despotismo, oprimiendo á la Iglesia y aplastando la sociedad. Pretendieron gobernar sin religion, y recogieron lo que sembraron. Con el ejemplo y con la predicacion de doctrinas disolventes acabaron de hacer los pueblos anticristianos, y los pueblos, con furia insensata, se volvieron contra ellos, batiendo en brecha todos los elementos de órden y el edificio social que sobre ellos descansaba. Bastardeando la instruccion y la ciencia, viciaron los que habian de ser los directores de la sociedad, y estos á su vez, por medio de escritos clandestinos, por asociaciones tenebrosas, garantidas por

los más terribles juramentos y por todos los medios posibles de resistencia y de proselitismo, organizaron una sociedad dentro de la misma sociedad, un Estado dentro del Estado, un poder social dentro del mundo oficial; sociedad, estado ó poder que, so pretesto de acabar con las preocupaciones, declaró una guerra implacable á todas las tradiciones y á todos los poderes públicos.

Es innegable que la naturaleza y la tendencia del gobierno humano depende de la manera de comprender los gobernantes la existencia de Dios y la existencia del hombre, verdadero orígen del derecho divino y del derecho humano. Segun esta doctrina, el gobierno de las sociedades debe obedecer necesariamente á estos dos principios de autoridad, porque sin ellos no se concibe el gobierno humano. La soberanía que no ejerce sus funciones, obedeciendo á uno de ellos, ya no constituye verdadero gobierno ni legítima autoridad. Es una usurpacion de la soberanía. En efecto, el derecho divino y el derecho humano constituyen los dos polos de la política, con la única diferencia de que en unas épocas predomina el derecho divino y en otras el derecho humano, pero sin que se excluyan uno al otro. Unas veces la soberanía ejerce el derecho divino en toda su extension, proclamando en la teoría y en la práctica la obediencia que el hombre debe á las leyes divinas, y la sumision que la criatura debe al Creador, por no permitir otra cosa el desarrollo intelectual de las naciones, y otras ejerce el derecho humano, hijo del derecho divino, reconociendo en los súbditos, criaturas de Dios, las facultades sociales consiguientes á su desarrollo moral é intelectual. Tanto en un caso como en el otro la soberanía procede de Dios y se ejerce en tal concepto. Unicamente cuando la sociedad ha dejado de ser religiosa, es cuando el gobierno ha prescindido tambien de la religion para ejercer la soberanía. Tal es la economía del gobierno humano en sus relaciones con el derecho divino.

De aquí resulta que los gobiernos inmorales solo caben en las sociedades corrompidas y anticristianas que se dejan dominar por la fuerza y el capricho, al paso que estos mismos gobiernos están espuestos tambien á ser vencidos y destruidos con las propias armas que ellos esgrimen. Como del ejercicio de la autoridad hacen un combate, en el que conservan superioridad por la iniciativa del ataque, por las ventajas de la posicion y por la fuerza de las armas, los pueblos espían la ocasion propicia de una sorpresa, y si llegan á conseguirla son inexorables en la venganza para que el comun enemigo jamás pueda reponerse ni levantarse. Todo, sin excepcion alguna, sirve de pretexto á su calculado odio: autoridad, tradiciones, instituciones, leyes, costumbres, bibliotecas, monumentos..... todo lo que de algun modo recuerde sus cadenas, se viene al suelo y es ultrajado. En vista de su inmoralidad y falta de religion, por intuicion ó por instinto, adivinan que no podrán levantar nada estable que les sirva de pedestal para reconquistar su despotismo.

Tales han sido siempre y tales son en el dia los causales de la revolucion social que trabaja á los pueblos modernos; revolucion disculpable si estos, en su hambre de libertad, hubieran advertido que con la libertad tambien les faltaba la religion. Vieron la prevaricacion de los gobiernos, y no advirtieron que ellos eran igualmente prevaricadores. Se vieron dominados por la fuerza, y se persuadieron fácilmente que la fuerza podia conquistarles la libertad, debiendo saber que la fuerza, si bien puede resolver una cuestion de fronteras, jamás podrá resolver un problema de la inteligencia ó de la política. Sabido es que «el mejor gobierno es el que más se aleja de la anarquía,» escollo inevitable de todas las sociedades que no son dirigidas por la religion. Por desconocer esta verdad, la sociedad moderna se ha suicidado; porque echando la religion de su seno, alteró el principio vital de su existencia. Si la sociedad, echándose en

brazos de la Iglesia, en vez de levantarse contra ella, hubiera traducido su ódio á los verdaderos causadores de su opresion en una general reforma, no seria responsable de tantos sucesos, ni se veria hoy al borde del precipicio. Pero su falta de religion la hizo seguir el camino contrario. La sociedad necesitaba un cambio, una evolucion intelectual ó una creacion moral, y se hizo una revolucion en la que tomó los medios por el fin, lo falso por lo verdadero y lo relativo por lo absoluto; revolucion que es la espresion del derecho, de la anarquía y de la barbarie.

Desde el aciago momento en que la revolucion se apoderó del gobierno de las sociedades modernas, no se ve en los estados más que acontecimientos siniestros; resultado de un desórden sistemático sin ejemplo en la Historia. «La ciencia propiamente dicha, es desconocida; la ignorancia, se ve exaltada; el servilismo, admirado como virtud; la tiranía aclamada, como un beneficio particular, ó como una gloria nacional; la verdad aborrecida, y escarnecida la razon; se hace burla de la fé, y los principios sociales se ven destruidos.» Todos los recursos morales de los pueblos vagan en el general naufragio, habiéndose salvado únicamente los intereses materiales y personales, pero únicamente aquellos que no pertenecian á la Iglesia ni á las edades pasadas. «Hace casi un siglo, acaba de decir estos dias un escritor brillante, que la revolucion se pasea triunfante de una á otra parte del mundo, dejando por doquier un reguero de sangre y de ruinas. Si fuera posible que uno de nuestros mayores, volviendo á la vida saliera del sepulcro y recorriese la Europa, al ver tal cambio verificado en poco tiempo, sin duda creeria que un nuevo aluvion de bárbaros ha acampado en muchos de sus campos, y apoderádose de sus ciudades. Cruces caidas y destrozadas, templos magníficos arruinados, monumentos de todas las artes destruidos, bibliotecas incendiadas, instituciones bienhechoras y seculares abolidas..... y todos es-

tos escombros salpicados con la sangre de cien y cien víctimas. En cambio sobre el pavimento de las iglesias bizantinas ó góticas, y sobre el suelo de los conventos, se han levantado teatros y edificios profanos; las casas de oracion, penitencia y estudio, se han convertido en salones de baile y pasatiempos. ¿Cuál ha sido el pueblo bárbaro, poderoso y capaz de hacer semejante destrozo? ¿Cuál es el pueblo inmoral y corrompido que ha podido hacer semejante sustitucion? La revolucion y el pueblo revolucionario de la época.»

Esta es la situacion, demasiado fatal por cierto, de las sociedades modernas; situacion creada por la revolucion en presencia de la Iglesia. La sociedad moderna necesitaba un escarmiento, y ya lo tiene segun lo ha provocado. La Iglesia, limitándose hasta ahora á guardar la revelacion, enseñar la ciencia, defender la justicia y proclamar el derecho, ha dejado que el génio del mal, conocido hoy con los nombres de liberalismo y revolucion, recorriese uno por uno todos los puntos del horario de la justicia divina. Si el escarmiento no fuera necesario, ya la Iglesia, madre de la fé, de la ciencia y de la política, hubiera provocado otras cruzadas contra la revolucion ó hubiera vencido al liberalismo una y mil veces con sus votos en las urnas electorales. Aún no era tiempo; aún el génio destructor no habia tocado la meta. Pero ya llegó el tiempo de las enseñanzas. Al estremo á que llegaron las cosas, de temer es que la humanidad sucumba por el desórden ó por la corrupcion, si Dios no cubre la tierra con el manto de su misericordia. Las sociedades modernas necesitan un salvador. Pero este salvador ¿llegará pronto? Sí. Nunca deja de venir luego lo que es necesario que venga. Este salvador, aunque enviado por Dios, no necesitará hacer milagros. Dando á la Iglesia y á la sociedad directores á propósito, pondrá en órden todas las cosas. Ni siquiera necesitará declarar la guerra á la política.

Venga luego ese salvador, que identifique el derecho divino

y el derecho humano; que haga practicar y practique el mérito humano en el estado elesiástico y en el estado seglar. Venga el hombre que pueda armonizar la religion con la política, la inmovilidad de la fé con las variaciones del gobierno, la libertad y la independencia de la Iglesia con la libertad y las conquistas legítimas de la civilizacion.

XX.

Debe lo dicho bastar á tantos filósofos y políticos adocenados que pretenden divorciar la civilizacion de la religion católica. Jamás puede ser la fé enemiga de las luces. Así como sin sol no se concibe el dia, del mismo modo sin la Cruz no se concibe la civilizacion. ¡La fé! Ahí está, abriéndose paso cual ráfaga de luz al través de las sombras del paganismo. Ahí está, en todas las épocas de la Historia, conduciendo al hombre por las vías de la verdadera ilustracion. En todas partes se la ve llamando al hombre á la vida, á la ciencia y á las artes. ¿Quién si no ella ha engendrado los beneficios de la civilizacion, la salud, la ilustracion, la abundancia, la cultura, el órden, la paz, la abnegacion, la templanza, la riqueza, el progreso, la poblacion, el valor, las virtudes, el talento, la gloria? La fé, si no es madre, es la hermana mayor de la política. Lo mismo corona á un monarca bajo las bóvedas de un templo gótico, que bendice un camino de hierro. La fé, pues, no es enemiga de la civilizacion, como tampoco es de la ciencia; en prueba de ello, tenemos la era de Santo Tomás de Aquino.

Pero ¡ay! ¡el alma se llena de pesadumbre, considerando lo que hoy seria la sociedad educada por la religion! Las sociedades modernas volvieron al paganismo, que las cubre y aplasta

como un aro de hierro. Por no dejarse guiar por la brújula de la fé, la civilizacion ha retrogradado tres siglos. Si la civilizacion de los primeros siglos cristianos, de la era de Santo Tomás de Aquino y del tiempo de Luis XIV, hija del catolicismo y madre de la nuestra, aunque sea su hija bastardeada, no hubiera tomado un sesgo torcido en el *renacimiento, protestantismo y racionalismo moderno*, ¿qué no seria hoy con sus telégrafos, ferro-carriles y tantos inventos maravillosos?

O. S. C. S. C. A. E. R.

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

I.....—El hombre no nació solamente para contemplar la naturaleza.—Dios le hizo sociable y le adornó de dotes y medios á propósito para alcanzar la verdad, la ciencia y la civilizacion.—Ferocidad del hombre cuando es infiel á estos dotes y á las gracias. 7

II.....—La humanidad sin Dios.—Infelicidades de la sociedad sin religion.—Qué son y han sido la sociedad y el hombre apartados de Dios.—Efectos del pecado de orígen.—Degeneracion del hombre.—Su alma y sus potencias despues del pecado original.—Sus pasiones y necesidades.—Su curacion y remedio por las creencias religiosas.—Necesidad de una religion.—El hombre y la sociedad religiosa.—La religion es el primer elemento de vida para los pueblos. 8

III.....—El paganismo.—Vicios de las sociedades paganas.—Su envilecimiento, sensualismo y ferocidad.—El hombre bajo el imperio del paganismo.—El gobierno y los pueblos paganos.—Falsa ilustracion de las sociedades gentílicas.—Su patriotismo. 11

IV.....—La sociedad fundada por Jesucristo.—El hombre, la mujer, la familia y el derecho.—La moral cristiana.—Los Papas y los PP. de la Iglesia con relacion al hombre y al progreso.—Las herejías y la ignorancia, y la inmoralidad y el desquiciamiento de las sociedades. 13

V.....—Irrupcion de los bárbaros é invasion de los árabes.—Eclipse de la ciencia. 15

VI.....—Filosofía de la Historia.—Influencia de las cosas y carácter de las personas.—La Providencia Divina y los hombres

Páginas.

providenciales.—La ignorancia, rémora de la virtud.—La santidad, madre de la heroicidad.—Fecundidad natural de la santidad.—Esterilidad de las instituciones humanas.—La naturaleza humana ayudada de la gracia divina. —Manifestaciones portentosas de la gracia. 16

VII....—La teología, ciencia universal.—La filosofía moderna.—Impotencia de la ciencia humana.—La Filosofía y la Historia.—Mas sobre los hombres providenciales. 19

VIII...—Economía de la Providencia con relacion á las sociedades humanas.—España, el imperio Romano y el imperio de Oriente.—Omnipotencia de España y de Europa debida al catolicismo. 22

IX.....—El gobierno de la Iglesia, el Pontificado y la religion.—El régimen feudal, el despotismo militar y el individualismo.—Influencia civilizadora del Papado.—La monarquía pontificia y el poder humano.—Las llaves de San Pedro. —Significacion de la llave de oro.—Idem de la de plata. Uso de estas llaves por los Pontífices Romanos. 25

X.....—Uso especial de la llave de oro.—La Iglesia, monarquía universal.—Los obispos de la Edad media.—Los presbíteros. —Unidad del sacerdocio.—Las sociedades católicas. . . 30

XI.....—Episcopado de la Edad media.—Su corrupcion, simonía y nepotismo.—Secularizacion del clero.—Su oposicion á la reforma de Gregorio VII. 33

XII....—Marcha de la humanidad á pesar de los obstáculos sociales. —Influencia del génio é intervencion divina.—Destruccion de las sociedades de la Edad media.—Su resurreccion por el catolicismo.—Gregorio el Grande y el sacerdocio cristiano. 36

XIII...—Uso especial de la llave de plata.—El sacerdocio católico, director obligado de la sociedad humana.—Anarquía social.—Creacion de las sociedades por la práctica de los preceptos y consejos evangélicos.—La virtud, el trabajo y la ciencia sacerdotal. 40

XIV...—Las guerras de la Cruz.—Ilustracion religiosa del pueblo. —Organizacion popular.—Primeros albores de la civilizacion moderna. 43

XV....—Lucha entre el hombre de las pasiones y el hombre de la ciencia.—Atraso de la sociedad.—Accion visible del cristianismo en la ilustracion del hombre. 46

Páginas.

XVI...—Institucion de la caballería.—Causas ocasionales de su establecimiento.—Su creacion, organizacion y reglamentacion por el cristianismo.—La caballería como asociacion religiosa y como profesion militar.—Virtud, valor y galantería de los caballeros cristianos. 47

XVII..—Union de los elementos del progreso.—La sabiduría.—Santo Tomás de Aquino. 54

XVIII.—El liberalismo, secta religiosa.—El liberalismo, sistema religioso político.—El liberalismo, forma de gobierno. . . . 56

XIX...—Por qué la Iglesia no ha concluido todavía con el liberalismo.—Proximidad de su fin. 65

XX....—Conclusion y resúmen.—Armonía de la fé, de la ciencia y de la civilizacion.—La civilizacion cristiana.—La religion y la política.—Causas de nuestra decadencia. 71

49

Losada Carracedo. EL CIENCIA Y CIVILIZACION